

CENTRO NUEVA

BERJA 27 OCTUBRE
AÑO 1 -- NUM. 26

GENTE NUEVA

Redacción y Admón.
p. de la Libertad

SEMENARIO INDEPENDIENTE
ORGANO DE LA JUVENTUD

Precio, al mes
a 75 céntos.

AÑO I.

BERJA 27 DE OCTUBRE DE 1918

NUM. 26

EL DOLOR EN "GENTE NUEVA"

Manuel Salmerón, ha muerto

A las doce del día, del 25 de Octubre de 1918, murió el que para nosotros fué maestro, amigo y compañero.

Triste, tristísima es, lector, nuestra misión en el día de hoy. Las frases dolorosas que hemos de decirte y la pena que hemos de contarte no hubiéramos querido decírtelas ni contártelas nunca. Este día fatal y aciago debiera haber permanecido lejos, muy lejos de la gloriosa juventud de Manuel Salmerón, el bien amado, el reverenciado en esta casa que fué íntimo nido de patricias ilusiones suyas. Nuestro corazón, que para él encerraba un cariño leal y noble, hubiera deseado poseer mágico poder de dioses para guardarlo más allá de la garra de la Intrusa; hubiera deseado—deseaba fervientemente—haberle tenido constante a nuestro lado, haber sentido el devenir de su vida junto a la nuestra, haber oído siempre su voz gratísima fluida de sus labios en caudal de consejos, alientos y cordialidades que fueron—y debían haber seguido siendo—la savia vigorosa que nutrió nuestra obra...

Pero los anhelos de nuestros corazones han fracasado amargamente. Sobre ellos se interpuso el destino, el azar. El azar que absurdo y caprichoso como un dios sin cabeza va segando flores de ilusión para dejar en nuestra vida sememera de dolores.

Nuestro muy llorado, Manuel Salmerón, ha muerto cuando su vida florecía, en plena juventud y en plena esperanza, cuando muy de cerca se presentían para él jubilosos días de triunfo y luminosas jornadas de gloria, cuando la fecunda labor del luchador infatigable iba exornando su figura de la aureola y de la fama de los elegidos; cuando definitivamente iba afincando su nombre en las letras españolas.

Es triste, tristísimo que la juventud de Manuel Salmerón se haya perdido, se haya ido, se haya aniquilado inexorablemente.

Manuel Salmerón para GENTE NUEVA fué todo su principio vital, su alma. Su espíritu maravilloso llenó toda la vida de nuestro periódico. Fué luz en nuestras orientaciones, vigor en nuestras voluntades, esperanza en nuestro desaliento, fe en nuestro excepticismo y alegría en nuestros quebrantos. Fué el Maestro, el mentor que para nuestra obra tuvo siempre la luz clarísima de su inteligencia y para nosotros sus fieles compañeros, constantes en sus labios, frases efusivas y cariñosas.

Esta casa, lector, será templo de su devoción. GENTE NUEVA al llorarle perdido para siempre conservará para su memoria el mismo amor que tuvo para su persona; y mientras la vida de GENTE NUEVA perdure, mantendremos leal y firme el recuerdo de aquella figura prócer, inteligente, bondadosa, noble, sapientísima que pasó por la vida con un gesto hidalgo, de suprema exquisitez y comprensión para todo: hombres y cosas...

Descanse en paz el llorado e inolvidable Manuel Salmerón, amigo cariñoso que poseyó la altísima virtud de dejar en sus huellas, luz de amor y admiración.

EL HOMBRE Y EL ARTISTA

SU VIDA Y SU OBRA

Brevemente, lector, voy a decirte algo de su vida y de su obra. Evocaré concisamente algunos aspectos de aquella vida que juntos vivimos, y en trazos rápidos te narraré un poco de lo mucho que de él pudiera narrarte.

Días y circunstancias vendrán en que pueda rendir al amigo el homenaje debido a su amistad y a su nombre.

SU ENFERMEDAD

...Y en esa hora quisiera tenerle a mi lado para enseñarle como mueren los pesimistas...

(De una carta del noble Manuel)

La nefanda epidemia gripal también clavó su garra en el organismo de nuestro amigo. El día 18 de Octubre sintióse enfermo, una fiebre alta postróle en cama. El médico hizo el diagnóstico general: *grippe*. Fuimos a verle: estaba un poco triste, un poco decaído. Se nos quejaba de un gran agotamiento de energías, de una tos molestísima y de una fiebre persistente.

El día 20 el médico advirtió lesión pulmonar. Rápidamente se recurrió a atajarla y eficazmente se combatió. La pulmonía cedía pero la fiebre no desapareció, y un intenso delirio turbaba su cerebro.

Nuevos médicos llegaron a la cabecera del enfermo; se advirtieron nuevas complicaciones y se prescribieron nuevos medicamentos. Fueron estos días de zozobra constante, en los que rodeábamos su lecho. Los médicos hablaron de tifus, de meningitis, de intoxicaciones, de toxinas y de antitóxicos...

Y el pobre Manuel cada vez más abatido, cada vez más debilitado, iba caminando hacia su hora fatal. Su cabeza perdió definitivamente la normalidad de sus funciones; atacado el cerebro, la inteligencia se oscureció y las últimas horas de su vida fueron inconscientes: la luz de su pensamiento había huido ya. La mirada del pobre enfermo, serena, fría, un poco estupefada estaba como clavada en el vacío... Miró sin una queja, sin un gesto de dolor, sin una expresión de amargura; murió con sosiego y con dulzura ¡como muere un santo!

A las seis de la tarde del mismo día 25 fué su entierro. A pesar de la hora y de las circunstancias fue numerosísimo su acompañamiento. Berja sintióse consternada. Se iba para siempre aquel su hijo poeta el

de aquellos versos de «Corazón de Ciudad» el que para su Virgen bonita tuvo requiebros de enamorado.

Al despedir el féretro, el Sr. Párroco dedicó unas sentidas frases a su memoria. En aquellos tristes momentos su voz dijo lo que todos los corazones sentían. Habló de él como de un santo, como de un sabio, como de un héroe, como únicamente puede hablarse de Manuel Salmerón. Después ofreció unos solemnes funerales por su alma. Nosotros, señor Cura, queremos que conste nuestro agradecimiento hacia Vd, más que nuestro agradecimiento, nuestro cariño. Por la espontaneidad y la franqueza de su sentimiento; por su noble y piadoso rasgo; por aquellas palabras que ante el cadáver del amigo entrañable dijo, todos nosotros sentiremos hacia Vd. una gran devoción. Devoción que perdurará lo que el recuerdo del amigo. Y este recuerdo, Sr. Cura, perdurará toda la vida.

SU VIDA

Manuel Salmerón nació el 25 de Agosto de 1891. Nació en Berja y por el amor a su tierra tanto como por la gloria de su nombre, bien podemos decir que fué un gran patriota.

Bajo la dirección de D. Emilio Restoy (¡Pobre D. Emilio! juntos fueron a la eternidad. Tengamos aquí un recuerdo para el viejo preceptor del amigo...) estudió las primeras letras. En el colegio de Nuestra Sra. de Gádor, cursó los años del bachillerato. Estos años fueron los de más placidez y sosiego de su vida. Siempre recordó con deleite aquella adolescencia llena de ingenuidades y alegrías.

En las célebres veladas que por entonces se organizaban en el Colegio ya apareció la figura de Manuel interesando, atrayendo, triunfando como pequeño orador y polemista. En aquellos lejanos días defendió él una tesis metafísica sobre la inmortalidad del alma.

Brillantemente hizo sus estudios del bachillerato. Vivió después unos meses en Madrid. Y cuando animosamente iba a dar comienzo a sus estudios de Facultad, el Dolor, Señor de su vida, le cortó el camino: murió su novia.

Vivió años de pesimista, hastiado, cansado, aburrido de vivir. El imperecedero recuerdo de la novia

muerta llenó toda su vida de tristezas...

Y como un desesperanzado fatalista esperó en esta la encrucijada de su vida a que llegase a ella la Muerte; la aguardó pacientemente con la fé de quien espera a quien no ha de faltar...

En una de sus cartas en que me contaba una vez más aquella la amarga derrota de su vida, aquello que él creyó su definitivo vencimiento, me escribía: «¿Solución a esto mío? La de siempre; la deseada. Un estado patológico rápido, un final, un hoyito...»

—Ya ves tu—me decía—que poco pido y sin embargo Dios no me lo concede.

Fué esta ansiedad de llegar al fin su más leal tributo a aquellos los amores de su juventud.

Cediendo a insistentes consejos amigos normalizó un poco su voluntad y empezó la carrera de Derecho que tras vencer muchos obstáculos finalizó en Septiembre de 1917. En los claustros de la Universidad de Granada hizo amistad con el profesor don Fernando de los Ríos. Sentía éste hacia el pobre Manuel viva admiración. Sorprendíanle sus extraordinarias dotes de talento y de cultura y quiso retenerlo a su lado.

Quizás junto a él se hubiera reconstituido en Manuel el optimismo aniquilado; quizás el renacimiento de su espíritu decaído se hubiera iniciado cerca de don Fernando de los Ríos, explosivo, entusiasta, ferviente capitán de la nueva cruzada de los «intelectuales»; quizás este hombre hubiese inyectado en su voluntad energías para la lucha en grande, fe en la vida, fe en la victoria...

D. Fernando le repetía casi paternal:

—Díche vacilaciones y dudas. Afirme su personalidad, mire de frente al porvenir y vaya a él como una saeta...

Manuel sonreía escéptico. Rehusó aquella poderosa protección, rechazó las generosas ofertas del profesor granadino y eterno aliado de su pesimismo se volvió a su rincón pueblerino. Y aquí, mientras muy humildemente seguía laborando, acariciaba su íntima ansiedad: «...un final... un hoyito...» ¡Pobre Manuel!

La abogacía no despertó en él nunca grandes entusiasmos. Sentía

Un ligero desdén hacia los códigos. —Anota esta observación para mis biografos — me decía humorísticamente—. Dando una inequívoca prueba de buen gusto aborrezco las leyes, la ciencia jurídica y la dialéctica procesal.

Así fué efectivamente; su actividad, sus ilusiones y sus desvelos fueron para el arte.

Muy joven fué colaborador de «La Crónica Meridional». Allí figuran sus primeros ensayos literarios, lo que él llamaba sus niñerías.

Después cuando en Berja se fundó «Patria Chica» entró en ella de redactor. En «Patria Chica» hizo Manuel una gran labor de periodista; en la escuela de sus columnas comenzó a fijar definitivamente su estilo; su personalidad quedó allí abocetada.

Su primer gran triunfo fué en 1915. En aquel concurso literario que «Blanco y Negro» organizó Manuel Salmerón fué a él con un solo cuento. Lo envió como lo hizo todo en este mundo: sin grandes ilusiones. Fué premiado; sonrió el amigo.

En sucesivos certámenes de la misma revista, obtuvo igual recompensa. Como definitivo reconocimiento de sus grandes méritos de escritor, «Blanco y Negro» aceptó en sus colaboradores. Fué este el más grato título que poseyó Manuel.

Como periodista también triunfó. En un certamen que la Cruz Roja de Cartagena organizó en Agosto del 17 le fué premiado una crónica maravillosa.

Ultimamente gestionaba con buen éxito para lanzar su firma a varias revistas americanas.

**

Esto, lector, es solo algo de aquella vida, vista desde afuera. Una breve impresión de la proyección en el mundo de aquel espíritu selecto.

Su vida fué inquietud y trabajo. Vida ejemplar de intensas horas de estudio, perfumada de nostalgias de poeta y alguna vez angustiada por la argolla fatal de una filosofía pesimista, muy personal, muy suya.

SU OBRA

Si la juventud—que ha sido su única vida—fué efímera, su obra quedará como glorioso penacho de su nombre imperecedero.

La potencialidad de su inteligencia era extraordinaria. Crónicas, cuentos, novelitas, ensayos, versos, bocetos teatrales... En todos los géneros literarios entró a laborar su pluma maestra.

Trabajó incesantemente. Ni su pluma ni su cerebro han conocido el reposo. La inquietud espiritual de su vida mantuvo su inteligencia en constante dinamismo...

Con una leve humildad—humildad de hombre bueno e inteligente—con un suave pesimismo—pesimismo del que sufre la herida de una triste historia de amor—Manuel Salmerón ha laborado infatigable...

Aislado en este rincón, apartado de la gran vida, lejos de esos ateneos y esos cenáculos literarios que tan rápidamente hacen prestigios, hizo se le penoso el camino.

A veces el pequeño luchador se quejaba de las amarguras de la lucha; alguna vez desalentado pensó hacer renunciación de toda su quimera; pero su espíritu siempre alto le empujaba hacia la cumbre, su ansia de llegar ponía nuevos bríos en su voluntad; la crisis pesimista pasaba, se iba. Y de nuevo volvía a sus libros... a sus cuartillas... a sus ideales. Y seguía escribiendo, leyendo, estudiando, pensando... ¡Pobre luchador...!

Todas sus emociones, todos sus sentimientos, todos sus afanes, tuvieron su epílogo en las cuartillas; en ellas ahogó más de un desasosiego y en ellas encontró lenitivo y solaz.

La historia íntima de su vida puede encontrarse en sus escritos; más o menos disfrazada hay un pedazo de vida suya en cada cuartilla.

Su estilo fué un estilo español, muy español.

Hecho de intuiciones de poeta, —luminosas claras como pedrería— de poeta-pintor que va buscando la luz y el color para herir fijamente la sensibilidad del que leyere, la retórica en su estilo tiene esta misión única; ir salpicando su pensamiento de manchas de color. Y por eso en todos sus escritos hay siempre algo de esto que se ha llamado la «frase bonita». Su pensamiento (siempre delicado y siempre exquisito)—a través de su dicción primorosa pasaba como pasa entre flores agua clarísima; al escribir cuidó extremadamente de dar al lector esta impresión de belleza. Y pulimentaba su estilo, lo acicataba, lo engalanaba con verdadera coquetería.

**

Su fecundidad era maravillosa. Escribía casi con la misma rapidez que pensaba. La trayectoria de sus sensaciones de la sensibilidad a la imaginación y de esta a la pluma, era rápida y constante. Casi una obsesión, un vértigo. Su fantasía hubiera transformado toda la vida en literatura y la hubiera novelado

en una sola jornada de trabajo. Recuerdo que la conferencia que leyó en la exposición Martínez Checa, la hizo en una noche, en unas horas de labor. Una tarde se decidió a escribirla; pensó un poco, leyó otro poco y a la noche, ordenó sus cuartillas, tomó la pluma y cuando se retiró a dormir, la conferencia estaba hecha. A otro día al darme a conocer las cuartillas me decía sonriendo:

—Ahi está íntegra, yo creo que no está mal, pero tengo un miedo casi superticioso a que efectivamente lo esté. Sospecho que las cosas buenas han de hacerse laboriosamente y no con la velocidad que trabajo yo. Si nada hecho rápidamente, está bien hecho, eso hay que romperlo.

La conferencia, lector, ya la conoces. Fué un verdadero éxito, un estupendo ensayo de crítica. Y sin embargo, la hizo en un rato. ¿Que más se puede pedir a un artista?

**

Y ahora lector dos palabras para terminar.

¿Que noble concepto no formarías de nuestro Municipio si un día llegaras a saber que en sus presupuestos existía un capítulo que empezara así: «Por editar las obras completas de Manuel Salmerón hijo dilectísimo que dió a Berja prestigios de cuna patricia...»

Verdad lector, que con un poco de cariño y otro poco de buena voluntad, este rasgo honroso sería factible?

MANUEL GONZALEZ R.

Nuestro pesar

También nosotros, los que confectionamos este periódico, hemos sentido la muerte, del que fué en vida noble caudillo de su patria chica don Manuel Salmerón Pellón.

En la única visita que a nuestro taller hizo, dejó entre nosotros tal estela de simpatía y cariño, que el afecto y respeto que hacia el señor Salmerón sentimos desde entonces, no fué suficiente para corresponder a tan inmensa gratitud.

Nuestra torpe pluma no acierta a seguir detallando las dotes de caballerosidad, que a su paso por esta casa, dejó tan malogrado y querido señor.

A Berja, cuna de tan amado hijo, a GENTE NUEVA y a la familia del ilustre finado, rogamos acepten estas toscas líneas, como prueba de nuestro profundo pesar.

Los Tipógrafos

Ofrendas de cariño de los que fueron sus compañeros de redacción

ALMA BLANCA

Herido por el certero disparo de la Parca invisible, cayó, para no le vantar más su vuelo, dejándonos el alma llena de insondable amargura y el corazón desgarrado, sangrante por la pérdida irremediable.

Luchamos con un triste sueño, en el que la realidad tiene todos los tintes de la más negra de las sombras. Nos repetimos: «Manuel Salmerón ha muerto», y nos resistimos a dar crédito a la amarga verdad. Creémosnos preso de horrible pesadilla, de la que él, con su voz cariñosa y dulce, nos ha de sacar para estrecharnos, una vez más, con su mano franca y generosa. Mas realidad es, aunque desdichada. Ya nunca volveremos a departir con el amigo noble y leal en deliciosas charlas, encanto de pretéritas horas. Ya nunca más saborearemos aquel dulce dialogar, en que en cada palabra desgranaba un noble pensamiento, plétórico de bien decir y rico en galanuras de estilo inimitable.

¡Pobre amigo mío! Nunca creí que mi pluma tuviese que hacer para tí una página necrológica. Al calor de tus consejos, aventuróse a mal hilvanar unos renglones, que tú, con tu exquisita bondad calificabas, encomiándolos y animándome a proseguir por la áspera senda de la literatura... Ya le falta el apoyo y guía del maestro, y cae, desmayada, de la mano, sin fuerzas ni rumbo para continuar en la lucha emprendida. Aquellas sabrosísimas polémicas literarias, en las que hacías gala de tu erudición exquisita, han quedado reducidas al monólogo, y ni a este siquiera, que mi pluma, faltando la mano que la guiara, no sabría ni monologar.

Eras legítima esperanza de todos los que te conocíamos y queríamos, y siempre que tu nombre asomaba a nuestros labios, iba acompañado de una sonrisa.

Nunca más volveremos a oírte: te has desprendido de esta envoltura terrena y miserable, y has volado hacia lo desconocido, lejos de nuestras ruindades, y allí tu espíritu, enamorado de todo lo bueno, de todo lo noble, tiene ancho campo donde volar, sin que sus blancas alas se contaminen del lodo que nos envuelve.

Alma blanca, descansa en paz.

Un corazón amigo te llorará y recordará durante luengos años.

JOSÉ TORRES OLIVEROS

DOLOR...

Consternado por tan sensible pérdida he de testimoniar mi humilde ofrenda a nuestro insigne amigo.

Su pluma, que muy joven voló a los campos de eximios literatos, está ya quieta; su corazón, aquel corazón magnánimo que supo granjearse el cariño de todos, que fué inagotable fuente de bondades está yerto e inmóvil. Un cerebro todo luz, se ha ido, y entre nosotros dejó un vacío amargo e insustituible.

Lloremos al amigo querido, al gran cuentista de espíritu elevado y sea imperecedero en nuestras almas su triste recuerdo.

GABRIEL ALCOBA VALDIVIA

En la muerte del amigo bueno

Efeméride tristísima será para nosotros la fecha 25 de Octubre.

Manuel Salmerón, el de alma grande y generosa, el abogado cultísimo, el escritor fecundo, el artista de finísima sensibilidad, el amigo cariñoso y bueno, ha muerto. Nosotros lo hemos visto en su rápida y penosa enfermedad, hemos asistido al momento solemne de su muerte, le hemos acompañado hasta el instante tristísimo de dejarlo en el sepulcro, y aún nos atrevemos a dudar de la horrible verdad. Sus amigos, los que tanto le queríamos, los que de él tuvimos tan atinados consejos y palabras de aliento, los que siempre vimos en él un modelo perfecto de virtudes morales y cívicas, no podíamos resignarnos a convencernos de su muerte. No, no podía morir Manuel, no debía abandonarnos, no podía irse Manuel Salmerón sin haber dado testimonio de su obra, sin haber llegado a obtener el premio de sus merecimientos. Pero por encima de nuestros optimismos estaba el destino y la muerte sorprendió a Manuel en pleno campo de ilusiones, cuando se disponía a la lucha, en la que de antemano se veía la victoria, derrumbando esperanzas, y acabando para siempre con un hombre que hubiera sido una legítima gloria del terruño.

Nuestro pobre amigo, en su profunda y clarísima inteligencia, había adivinado su muerte prematura, tenía pleno convencimiento de ella; así lo demuestran muchos de sus escritos, cartas y sobre todo, sus disposiciones postreras

acerca de unos objetos que él conservaba como reliquias, disposiciones que fueron cumplidas escrupulosamente, momentos después de estinguirse su preciosa vida.

Manuel Salmerón, cuya ambición única era morir, ha muerto con un sentimiento; el de no hacer por Berja, por su Berja, todo lo que él soñara en su quimera de artista; y Berja ha contraído con él una deuda de gratitud. Berja no debe consentir que su nombre se olvide, que Manuel Salmerón pase por la vida como otro hombre cualquiera y para perpetuar su memoria, Berja debe titular a la calle donde nació con el nombre de su hijo ilustre Manuel Salmerón. Lo reclama la justicia, sería un pequeño tributo a los merecimientos del perfecto patriota, del ilustre virgitano, del amigo bueno.

ROGELIO PRIOR FERNANDEZ

UNA FLOR MAS

Un alma amiga ha volado al cielo, dejando sumidos a todos aquellos que como hermano le queríamos, en una fría desesperación, que tan sólo el tiempo, restañador de toda moral herida, mitigará, aunque nunca llegando a cerrar por completo la brecha que su muerte ha producido en nuestro corazón.

No es para expresar en una bella página, todo el profundo dolor que nos agobia. Instantes son estos en que la pluma sólo sabe tartamudear sobre el papel, pues los grandes sentires son para sufridos, no para manifestados.

De mi vergel poético quisiera poder ofrecerte, amigo del alma, la más bella flor: mi corazón la siente, aunque no sepa exteriorizarla. Disfruta, pues que te cupo en suerte volar al cielo, de todas las bienaventuranzas que el mismo, por tus virtudes muchas, te tiene reservadas. Tú serás la mística flor de exquisito perfume, preferida por el Soberano Juez.

MANUEL TORRES OLIVEROS

A su memoria

La muerte que nada perdona nos arrebató el pasado 25 al hijo más preclaro que Berja tuvo, sus dotes eran inapreciables, sus méritos sobrepujan a cuanto de él se hable, me asocio al dolor de los que hoy lloran al que ya era una gloria virgitana.

GONZALO ALCOBA

¡Pobre Manuel! ¡Pobre Berja!

Ha muerto Manuel Salmerón, el amigo cariñoso, el ingenio de sutiles creaciones, cuando comenzaba a ser riente realidad, aquel sueño de regeneración que nos inspiró la edición de estas hojas.

Cruel, inexorable, nos arrebató la muerte al querido compañero, sin dejarse en que, al segar su vida tan prematuramente, priva a su pueblo, a su Berja, del hijo bondadoso, del incansable luchador, del sabio consejero, que había de coronarla de gloria en lo futuro.

¡Pobre Manuel! ¡Pobre Berja! ¡Como os habiérades enorgullecido el uno del otro! ¡Que dichoso te hubieras sentido al ver a tu pueblo redimido por tu esfuerzo y qué orgulloso tu pueblo al poder llamarte hijo! ¡Qué orgullosos nosotros, todos, al sentirnos ligados a ti, al llamarte amigo, hermano!...

¡Pobre Manuel! Aun se resiste el cerebro a pensar la dolorosa realidad y la pluma se niega a trazar estas líneas que han de servirte de nota necrológica.

No es posible, no. Manuel no ha muerto. Los innumerables recuerdos que nos dejaste de tu estancia entre nosotros, perdurarán eternamente.

Y su grata memoria, como estela de luz, pondrá consuelo en las agudas nostalgias de nuestro espíritu.

G. ALCOBA GAZQUEZ.

Si fuéramos un poquito románticos...

Este es el epigrafe de una bella crónica que en el número 3 de este semanario suscribía el NUNCA BASTANTE LLORADO nuestro malogrado compañero Manuel. En ella reflejaba la creencia de que el escudo de su amantísimo pueblo yacía en el arroyo...

¿Que mayor ofrenda se le puede tributar a quien hasta su existencia sacrificó por Berja, que decorar la entrada de su mansión eterna, con lo que él sospechó pudiera ser el emblema de su patria chica?

Unámonos, pues, los que en vida fuimos sus verdaderos amigos, y sin profanar para nada los signos que el tiempo no quiso borrar de esa piedra referida, esculpamos en ella su preclaro nombre, acompañando solamente de dos fechas...

¿Que el color no es apropiado? No importa; mayor motivo para que cuando en el transcurso de los años, sea visitado el sagrado lugar donde reposan los que de este mundo se alejaron, llame la atención por su originalidad una lápida que despro-

vista de sentida dedicatoria y por toda inscripción un solo nombre, puedan los cerebros humanos leer con el pensamiento estos renglones:

¡AQUI TIENE SU MORADA, EL HOMBRE MAS GRANDE QUE EN BERJA EXISTIO!

LINO SANTA MARIA

A la memoria de mi inolvidable primo Manuel

Nos unían lazos de estrecho parentesco; por encima de estos lazos, vínculos de cariñosa amistad, sinceros sentimientos de admiración. Sentíame orgulloso de llevar su sangre novilísima y con verdadera devoción iba muchas veces a oír su charla amenísima llena de discretas y sapientísimas observaciones. Yo le escuché siempre como a un maestro y le quise como a un hermano.

La muerte nos arrancó cruelmente esta juventud gloriosa. ¡Pobre primo Manuel!

FRANCISCO SALMERON IBARRA

He aquí la exclamación que brotó de mis labios al conocer la fatal nueva: «¡Mentira!» ¡Manuel Salmerón no ha muerto! Podrá el alma haberse desprendido de su terrenal envoltura; podrá el cuerpo del glorioso cubrirse con unas paletadas de tierra, y muchos dirán que ha muerto Manuel Salmerón; pero todos se equivocan. Los hombres que como Manuel Salmerón consagran su talento, sus energías, su vida toda al bien común y, sembradores de ideas renovadoras, son verdaderos apóstoles de los pueblos, no persiguiendo otro ideal que el bienestar y engrandecimiento de su Patria, no mueren nunca.

Las saludables enseñanzas que en sus magníficos escritos nos legara, vivirán eternamente entre nosotros y el mejor homenaje que a la memoria del Maestro podemos tributar, es seguir la senda que él nos trazara, prosiguiendo con fe y entusiasmo su gran obra de redención de este pueblo, idea que debemos recoger como herencia sagrada.

A. SANCHEZ CONTRERAS

A mi más entrañable amigo; al nunca bien llorado, insigne literato Manuel Salmerón, envío mi último emblema de cariño, como inmensa corona de flores sobre su tumba.

ARTURO NAVARRO

Abatido por tan sensible pérdida no puedo menos de testimoniar mi

humilde ofrenda al que fué mi mejor amigo y gloria de nuestra tierra.

AGUSTIN CRUZ OLIVEROS

Estaba ligado al pobre Manuel por vínculos casi fraternales. La muerte ha apartado de mi lado al que tan cariñosamente supo tener rasgos de noble y leal amistad.

MANUEL SANTAELLA ROBLES

¡Pobre amigo Manuel! Su alma cristiana tuvo todas las virtudes del creyente y preclaras dotes de caballerosidad. Su inteligencia en este nuestro terruño, llegó a ser soberana. ¡Pobre amigo Manuel!

AQUILINO GODOY E IBARRA

Su afabilidad, su inteligente labor, su amistad siempre sincera y cariñosa, ha dejado en todos nuestros corazones huellas imborrables.

FRANCISCO NAVARRETE

Quisiéramos saber decir todo lo que sentimos; quisiéramos encerrar en una frase culminante toda la tristeza que su pérdida nos ha causado.

El corazón nos dice cosas que la pluma no acierta a explicar. Testimoniamos solo nuestro dolor sincero.

RAFAEL ENRIQUEZ GODOY

A Manuel Salmerón Pellón

Mi humilde ofrenda

Modelo fuiste de hijos y de hermanos y modelo de amigos verdaderos; modelo de leales caballeros y modelo también de ciudadanos.

Literato sin par en galanura y en corrección de estilo; y en pureza del lenguaje castizo; y en belleza de ideas y conceptos y en finura.

Has muerto, cuando lleno de ilusiones, escalabas las gradas de la gloria y tocabas los últimos peldaños.

Tu vivirás en nuestros corazones sin que pueda borrarlos tu memoria ni el destructor agente de los años.

UN VIEJO DE DALIAS

Dalias Octubre 1918.

¿Necesitais sellos de Cauchú?

No dudeis, que los más baratos y mejores los vende

Antonio Sánchez Contreras

Consultar precios y os convenceréis

El romero de las bellas promesas

En la puesta de sol de aquel día en que cantaban las tres campanas de la aldea y en que la ermita, penacho de la loma, engalanábase con airones de palma, ramas de oliva y colgaduras de granado en flor, el romero de las amplias barbas lacias y la esclavina recamada de conchas, hacía su entrada en el caserío blanco.

Mari-Juana, la chicuela de los rizos de oro y la carne de nardo, ama al peregrino. Entre los hallazgos de su mundo gozoso, tiene brillo de sol y perfume de rosa la figura del extraño caminante. Y el peregrino ama a Mari-Juana, con el arrobó y las ternezas de un corazón apostólico.

Como en este día, el peregrino arribó una tarde al humilladero de la aldea y acompañado del golpeo de su bordón fuese a la casuca de los buenos aldeanos que de antaño venían prestándole cobijamiento y mimos de refinados huéspedes. Y en la casuca hallóse con el fausto motivo. Aún retiene su pupila la púrpura de aquella carne recién llegada a los momentos de la vida. Aún recuerda el lloriqueo profético al ser heridos los ojos por la luz y aún guarda—como un inciso perfumado de sus horas arrastradas por el polvo de todas las rutas—la visión de aquel sueño primero y aquella sonrisa misteriosa de los labios del ángel.

Y en el otro año, al arribar de nuevo al caserío, atraído por las lindezas de la pequeñuela, juguetea con ella; y son las conchas de su capa raída, y su bordón arrancado del Líbano, preferido recreo del muñeco de carne.

Y en el otro año... La pequeñuela es bella, despierta y parladora. El romero embobece frente a las pupilas esmeralda y los rizos blondos. Y los labios en flor saben llamarle abuelo y las manos traviesas—en el ir y venir de sus caricias—atrévense a desprender la concha más vistosa de la burda esclavina y a restar hebras al torrente que empieza a ser de plata. Y luego en la noche, mientras la plazoleta de la ermita, hácese estrepitoso casca-

bel, los brazos del errante son amorosa cuna de la carne tierna que se duerme escuchando un cuento de juquetes de oro.

Alguien ha dicho a Mari-Juana que voltean las campanas y se viste de flores la ermita para recibir al peregrino abuelo. Y Mari-Juana, en la inocente urdimbre de su alma infantil, lo ha creído. Y tocados por la madre sus rizos y enjollada su carne de rosa con el collar de gargantillas de colores, ha salido al humilladero de la aldea. Y al irse el sol dejando un rastro de encendidas banderas sobre el monte, los ojos ávidos de la pequeñuela de los cuatro años floridos, descubren entre las curvas de la senda la ceniza de las barbas amadas; y la muñeca corre y brinca hasta que los brazos del romero la alzan, la aprietan y la llevan en triunfo.

Al anochecer voltearon las campanas de la aldea y contestó la ermita con el vértigo, como un silbido, de su esquila traviesa.

Las callejas son cauce de risotadas y canticos y bajo la gran luna redonda y armiñada, brincan las hembras y trotan como potros los mozos lagotos.

En el hogar donde se alberga el peregrino concluyó la cena. Fue esta noche la olla cita de hierbas olorosas, de afejas magras y de legumbres tiernas. Luego un sopicaldo de leche humeante y tortas de miel; y para conclusión, guindas curadas en aloque y rebanadas de queso y panal. El peregrino restañó las heridas de su carne cansada... y entre los postres, el buen romero de la ignorada vida, festeja las bondades del hogar aldeano.

Mari-Juana empieza a tener sueño y busca zalamera el regazo del viejo que la acoge, para luego escuchar una dulce exigencia:

—Un cuento, abuelo, un cuento...

Y el errante que sabe del polvo de las sendas y de los implacables vendavales, dá a su voz sonoridad de arrullo y en la ventura de la noche y en homenaje a la pequeñuela,

desgrana las suavidades de una bella mentira:

—Un cuento? ¡Ah, sí! te contaré el de la niña amada del eterno peregrino. Era una niña como tu, blonda y de carne de lirio y amapola y con unas pupilas azules lo mismo que dos centimitos de cielo. Se llamaba también Mari-Juana y todos los años recibía la visita de su amigo el caminante. ¿Qué me traes...?—decíale la pequeñuela al viejo. Y como el viejo era muy pobre, aunque rico en promesas, todos los años le anunciaba el arribo de un ciento de camellos, cargados de muñecas pálanchinas, peces de mil colores y estrellitas de cielo... Y venía el nuevo año...

—Y le trajeo muñecas?...

El peregrino sonríe mesando la cabellera rubia.

—Y peces y estrellitas... Como yo he de traerte así que vaya y vuelva. ¿Tu sabrás esperarime?

Ya la boquita en flor apenas puede hablar. Y el errante la besa como un taumaturgo que diese el sueño en sus caricias. La niña se ha dormido. En el paraíso de su reposo las promesas se hacen luz y el muñeco se rie al arrullo de los cantos de cuna.

Y aquel año vino otra vez el peregrino y no le trajeo nada; pero otro cuento de promesas escuchó la infantina. Y cada vez el cuento acrecía el gustoso problema de un apetito... Y el peregrino íbase y más tarde tornaba y el cuento proseguía...

—¿Qué me traes caminante?

—¡Qué he de traerte! Las bellas promesas de tu mañana.

Y Mari-Juana que ya agotaba los dedos de sus manos en contar sus primaveras, empezó a creer en la sabiduría del amigo peregrino. Sus cuentos no eran nuevos para ella; parecían recoger los retozos de su espíritu inquieto ante las palpitaciones de la vida. Primero aquellos cuentos de muñecos que tanto hicieronle soñar; después otros muñecos y otras estrellas de más brillo... Ahora nuevas promesas... Y siempre abierta ante ella la vida como una rosa de venturas.

Ya Mari-Juana no brinca en el humilladero esperando al peregrino; pero si brinca su corazón y se rebusan sus ojos al acecho del viejo de los cuentos dorados.

—¿Qué me traes, peregrino? Y el romero sacará de su bolsa las bellas arracadas prometidas y vendrá acompañado...

En amplias amapolas cambiáanse sus mejillas al evocar la promesa del viejo. Y se hace saltarina su sangre y una amable picazón la extiende hasta hacerla caer para soñar sobre los pilares del altar del camino.

No guarda rencor al caminante porque fueran mentira los cuentos anteriores. ¿Qué valen los muñecos? ¿Y los peces de escamas doradas? ¿Y las estrellitas de puntas de topacio? ¿Y qué no valen las promesas del último cuento escuchado entre el jubileo de risas de la calle en una noche venturosa de verbenas?

Y asoma el peregrino y viene solo... Mari-Juana aun espera mirando ansiosamente las curvas que el caminante deja atrás.

—¿No viene, peregrino?

—Vendrá, princesita de los buenos sueños. Vendrá para hacerte creer en las inacabables mieles de una vida altísima. Quiere ganarse aun más el tesoro de tu carne de marfil y allá lo dejó sobre un caballo de crines de seda y arreos de pedrería... Vendrá, no temas...

Y arrullada por las gracias del mito, la moza y el romero marchan abrazados.

Y esta vez tampoco vino acompañando al viejo, el príncipe del cinto recamado de rayos de sol.

—¿No viene, peregrino?

—Vendrá. Tu príncipe restaña ahora ciertas heridas cobradas en la lid... ¡Si vieras como sufre! Pero, si bien hijita ha perdido en la lucha con los enemigos de los mayos floridos, las espuelas de oro y alguna venera de luz, aun es bello tu príncipe... No desesperes.

Y en el otro año, empieza así:

—¿Dudas? ¿Temes no venga el prometido de las frases galantes y el que hizo levantar para ti, en una colina sobre el mar azul, un palacio tan blanco que desde la lejanía parece el reposo de una gaviota? ¡Ah, mujercita! Tu príncipe vendrá; pero no le esperes tan altivo y bello como era entonces... La lucha le ha restado gudejas de oro, juventud y altivez...

Y así cruzan los años y viene el peregrino y vuelve a irse. Y cada vez el cuento de promesas va apretujando más el corazón de Mari-Juana, que vé desmayarse la quimera y resbalar en fuga el brillo de los sueños amados. ¿La engaña el caminante? ¿Juega, acaso, con su espíritu crédulo?

Y aun suelen pasar trotones y a veces magníficos por su paraíso interior que ya atardece, los últimos corceles del viejo y siempre mozo caballero del ensueño, que nunca dijo verdad...

Ya la gran flor de su rostro tiene palideces de manzana madura... Un hondo desencanto trae en laxitud su corazón. Ha visto romperse el misterio de la piñata de la luna, sin que descienda el príncipe de su quimera. Ha visto envejecer a su lado la vida y deshacerse, con la leve ironía de una pompa de jabón la esfera luminosa que ella creyó nido de realidades... Su marcha ahora más

bien parece el destino de un acabador de fingimientos. ¿Por qué la engañó el caminante? ¿Por qué le, habló de muñecos de oro, de estrellas de topacio, de jardines eternos, de príncipes de cintos recamados de sol y de palacios blancos sobre colinas encima del mar, si ni estrellas, ni muñecos, ni príncipes, ni palacios, fueron entregados a la sed de su espíritu? ¿Por qué fué tan cruel el peregrino? ¡Ah, si volviera!

OOO

Y en la tarde aquella del día en que cantaran las tres campanas de la aldea, Mari-Juana no sale al humilladero a esperar al peregrino. ¿Qué puede ya traerle?

Y quieta, amagada del peso de las alas caídas, aun mira desde la puerta de la casuca la senda ondulante y polvorienta por la que antes esperara la aparición de la luz hecha carne...

Tiene el atardecer una tibieza enferma. Ni siquiera dejó el sol sobre el monte las amplias banderas encendidas. Está plomizo el cielo y hasta la esquila del florido campanario se detiene en pausas alongadas...

Y vienen gentes sudorosas y cansinas y otros romeros ignorados cruzan. Alguno hace un alto en su puerta para sacudir el polvo de las calzas y enseñar el deshilache de su capa de paño...

—Peregrino, peregrino... ¿Y el romero de las barbas de nieve y el báculo de cedro...? ¿Lo hallastes en tu ruta?

—¿Cual? ¿Aquel de las bellas promesas? ¿Aquel que se dijo tu padrino? Lo hallé muerto una tarde. Ya ese no vuelve más...

M. SALMERON REILON.



RECUERDOS

PARA TI

En el ayer fué mi ser
un ser lleno de alegría.
Mas hoy ¿que vida es la mía
que veo penas por doquier?
¿Es por fortuna un delirio?
¿Es un sueño, una impresión?
¿Desvaría mi corazón?
¿Es fingido este martirio?
¡Ah! no sueño, no es fingida
la tortura, no es engaño
¡es el frizo desengaño!
¡la realidad de mi vida!

De aquel palacio ideal
que embelesados formamos,
y en cuyas dichas soñamos
ansiendo verlo real.

Solo resta el cuerpo frio
cadaver de la quimera
solo la efigie postrera
creciente en mi desvarío.

Solo las ruinas cantando
las salmodias del dolor,
solo el recuerdo, el horror,
solo sus muros llorando.

Los dos oímos canciones
por sus espacios reir,
hoy solo siento gemir
en tristes lamentaciones.

Los dos soñamos que flores
escalaban su amplitud,
hoy a toda su anbitud
la cubren solo dolores.

De aquellas coplas galantes,
de aquel batir de ilusiones,
de aquellas irisaciones
de sus espacios flamantes.

Hoy queda la soledad
a sus muros circundando,
hoy tu recuerdo vagando
por su sombría inmensidad.

Hoy la campana tañendo
al romper de la ilusión,
hoy frialdad en el corazón,
hoy solo el alma gimiendo.

De aquel riente sendero
que empezamos a cruzar
enloquecidos de amor,
de aquel vivir placentero.

Hoy ya queda el agorero
presagio que vá a la muerte,
hoy solo la sombra inerte
de un recuerdo que venero.

De las páginas de ililios
de nuestro libro de gloria,
hoy resta la negra historia
de una vida de fastidios.

De aquel hogar que en un día
tú ilusionabas gozar,

solo te queda ocupar
con tu cuerpo tumba fría.

Y al meditar con espanto
esta verdad tan horrible,
esta escena tan terrible,
brotta prepotente el llanto.

Cuando pienso en el ayer
y medito en este hoy,
solo deduzco que soy
lo contrapuesto a aquel ser.

Cuando nie abrume el delirio
y en pos de mi fantasía
llego hasta esa tumba fría
donde se estrelló mi encanto.

Donde comenzó el tormento
y en donde empieza el dolor,
siento batir su fragor
las penas con rudo acento.

Cuando logro penetrar
en tu terrena mansión
siento la enorme aflicción
y la locura brotar.

Por que al querer comparar
aquel pasado que fuiste,
las dichas que concebiste
las alegrías del amar.

Con este cuadro que abrume
con esta aciaga verdad
y con esta realidad,
todo lo feliz se esfuma:

Y el sarcasmo tronchador
martirizando mi ser
va arrebatando placer
y vá sembrando dolor.

Y al disipar los albores
de mi febril entusiasmo
va penetrando el expasmo
de tan fieros sinsabores.

Y aquellos soles de un día
que con gigantez se alzaban,
y a mi vida iluminaban
prodigando la alegría.

Hoy para siempre eclipsaron
sus luces de cien colores,
hoy ya de sus resplandores
solo cenizas quedaron.

De aquel jardín que forjamos
recorrer lleno de amores,
con sus pájaros cantores
y en el que tanto soñamos.

Hoy trocado en erial
sin belleza ni fragancia
se ha convertido en estancia
donde murió un ideal.

Y aquel cielo de delirios
donde brilló la ansiedad
hoy ya es la inmensidad,
tachonada de martirios.

Y en donde entonces amores
supo mi alma encontrar,
hoy tan solo puede hallar
los insaciables horrores.

Y en donde entonces vivir
solicitaba mi anhelo,
hoy el rudo desconsuelo
exige solo morir.

Y en donde nuestro embeleso
supo dichas disfrutar,
hoy solo observo llorar
y solo observo que rezo.

Por eso vuelve la calma
entre mi pena a brotar
cuando tras de meditar
deduzco que tengo un alma.

Y veo tu efigie ante mi
surgir en todo momento
y oigo que dice tu acento.

—¡Ten fé, que vendrás aquí!
y puesto que al sucumbir
volaste al firmamento,
aun me alegra el pensamiento
de yo a ese cielo subir.

Para desde él bendecir
a la eterna magestad
si al fin la felicidad
me arrebatara del sufrir.

—¡Tengo fé en mi corazón
y por eso iré contigo!—
observo yo que te digo
renaciendo otra ilusión.

Y si de nuestros amores
de las dichas y bellezas,
hoy solo restan tristezas,
desencantos y dolores.

Queda la fé pregonando
nuestro abrazo allá en el Cielo
única hora que anhelo,
y en la que vivo soñando.

¡Ah! bellezas del vivir.
¡Ah! ilusiones, ¡ah! placer,

¿por qué buscasteis nacer
si os aguardaba el morir?

¿Por qué llegasteis a hacer
de mi vida una ilusión,
si estaba la conclusión
soldada a vuestro nacer?

¿Por qué fingisteis reir
si las lágrimas guardábais?

¿Por qué alevosos gozábais
si os acechaba el sufrir?

¿Es acaso esto el vivir?
¿Es esto lo que él anida?

¡Que miserable es la vida!
¡Que placer será el morir!

M. SALMERÓN PELLÓN

Diciembre 1911.

En
en q
de la
nach
airoi
colg
rom
cias
con
cas.

M
rize
ami
gos
bril
figu
per
el z
raz

arr
la
tec
de
ta/
mi
pe
el
pr
re.
la
p.
p.
ir
a
lá
p.
s.

n
li
t.
e.

-: Testimonios de duelo :-

El héroe de la Caridad

En los días que la querida ciudad de Berja realizaba la conquista del Cielo por la Caridad, Manuel Salmerón De Ión fué el primero que voluntariamente se alistó, tomó armas, salió al campo, libró combates, ganó batallas, conquistó laureles... y para que nada faltase al héroe, Salmerón murió en la lucha.

¡Honor eterno, Gloria imperecedera al héroe de la Caridad!

Manuel Salmerón ha muerto con la bandera de la Caridad en sus manos. Dejó este mundo por el otro—que es el *Centro de las almas*—laborando en *Obras de Misericordia*. Nuestro llorado joven fué compasivo con el indigente, consoló al afligido, socorrió al pobre, con todos tuvo Amor y Caridad. Siendo Dios Caridad—(San Juan) 4 v. 16 y afirmando el Evangelista—que el que permanece en Caridad está en Dios y Dios en él, piadosamente debemos pensar que Dios lo habrá tomado por suyo.

Cesen, pues, las lágrimas, no le busquemos en este mundo de tristezas. Salmerón voló al Cielo. Por si aún necesitara nuestros sufragos, hagamos oraciones por él. Las oraciones no se marchitan, ni secan, llegan a las regiones de la Eternidad.

FAUSTO DE LA CHICA
(Párroco)

¡Ha muerto!

No hay manera de expresar el sentimiento. Falta ánimo para exteriorizar el pesar. No se pueden coordinar ideas. La congoja aprieta nuestro pecho, se niega la pluma a escribir y las lágrimas caen sobre las cuartillas.

¡Manuel Salmerón, ha muerto! Aún nos resistimos a creerlo. Tanto le queríamos, que nos parece que vamos a verlo a cada paso, con su mirada serena de pensador, con su sonrisa noble de hombre bueno.

A que hablar de sus virtudes? Los que le conocíamos y le tratábamos sabíamos de las excelsas cualidades de su alma. A su claro talento unía una gran modestia; a la cualidad inapreciable de su saber, su probidad sin límites; a la bondad exquisita de su alma el puritanismo de su vida toda laboriosidad; a su

vivir de ejemplar ciudadano sus pensares de poeta.

Era el compendio de todo lo bueno: Virtud, Bondad, Talento, Modestia.

Berja ha perdido un hijo preclaro que la honraba y la enaltecía; sus hermanos un verdadero hermano; su amantísima madre un hijo virtuoso y sus amigos hemos perdido un amigo cariñoso y bueno.

No podemos seguir... La cabeza ha cedido el puesto al corazón y este siente la consternación del duelo, llora...

FRANCISCO CALLEJON

XXX-X-XIIX.

JUSTO TRIBUTO

Manuel Salmerón ha muerto.

Berja ha perdido el más preclaro de sus hijos.

¿Quién, consciente de sus méritos, no le llorará?

Su modestia extremada, su caballerosidad e ilimitada franqueza con sus amigos, a los que habría su corazón, sin reserva alguna, y su cultura, que todos admiramos, justifican que no le olvidemos y que rindamos a su memoria el holocausto de nuestra pena y sincero dolor.

La pureza de su estilo, modelo de claridad y de dicción, la profundidad y acierto de sus juicios, nunca desmentidos, porque siempre escribió llanamente, empleando la palabra propia para la expresión de cada concepto, sin garrulerías, ni frases rebuscadas, defecto, muy al uso, en los escritores de moda, cuyo pensamiento, a veces, es difícil penetrar, hacen que le admiremos y que lloremos su pérdida, de la que solo el tiempo, este infalible anestésico, a largo plazo, podrá consolarnos.

Iniciador, inspirador y principal colaborador de GENTE NUEVA, en sus páginas y en las de «Blanco y Negro», está parte de su obra literaria, toda magistral.

Consideramos que el mejor tributo a su memoria, sería compilar y editar sus escritos, publicados e inéditos, para que sus numerosos amigos y admiradores los conociesen en conjunto y apraciasen su insuperable valía.

GENTE NUEVA debiera hacerlo.

Lástima grande que hombre tan bueno e ilustrado, haya desapare-

cido, en la flor de la vida, dejando atribulada a su familia y a cuantos tuvimos la dicha de conocerle.

Perder la existencia, en plena juventud, cuando se alimentan ilusiones, próximas a convertirse en realidades, y se sueña con un porvenir glorioso, es muy triste; pero ante lo irremediable, hay que resignarse y aceptar el divino juicio, sin protesta.

Su muerte es inmensa desgracia para este pueblo, y, principalmente, para su familia, que, en su tribulación, debe hallar algún consuelo, considerando que cuantos conocimos a Manuel Salmerón, nunca le olvidaremos, y conservaremos siempre, de sus virtudes, como hombre, y de sus méritos, como literato, imperecedero recuerdo.

MIGUEL TORRES MURILLO
(Notario)

A mi inolvidable sobrino

Manuel Salmerón.

¡Prematuramente rendiste el tributo que al vivir se debe!

Tropel de confusas y téticas ideas asáltanme al cerebro y afligenme el corazón... imposibilitándolos en este momento para expresar la honda pena que me dejás... No siéndome posible ordenar bien los conceptos, desahogaré el alma al menos con esta sentida y hermosa dolora de Balart:

•En mi pecho dejaste dolor profundo.
Dolor que aquí es el fondo del alma herida,
Durará lo que dure mi triste vida:
Dolor que teño y sorbo, pero tremendo;
Corazón y memoria me va royendo...•

Pobre ofrenda te consagro con estas modestas líneas para lo que tu valías!... Dejas en el espíritu del pueblo virginito tal estela de luz con tus grandes y hermosos pensamientos, que perdurará en él por que ya empezaron a regenerarlo!

Descansa en paz en el Reino de los justos y recibe la expresión del más puro sentimiento de mi alma!..

ANTONIO IBARRA GARCIA

Dulce et decorum est pro patria mori

Considero muy loable el propósito que tiene la redacción de GENTE NUEVA de dedicar un recuerdo a la memoria de Manuel Salmerón, muerto en plena juventud y ante el

brillante porvenir que le ofrecían sus espléndidas facultades. Yo lo he sentido con toda mi alma y al rendirle mi tributo de respeto y de dolor, quiero recordar aquellas palabras de Horacio con que encabezó este trabajo, porque no hay duda de que Manuel Salmerón ha muerto en el cumplimiento de las más hermosas virtudes, cual es la caridad cristiana.

El pueblo de Berja ha dado ahora un alto ejemplo de virtud y de virilidad acudiendo presuroso al socorro de tanta desgracia y tanta miseria como causa la gripe en las clases menesterosas, socorro que es tanto más meritorio cuanto que todos sabemos la situación angustiosa en que las clases pudientes se encuentran por la depreciación de la única fuente de riqueza que aquí tenemos. Para el reparto de esos socorros se nombraron comisiones de los jóvenes más principales de la población, al frente de unas de ellas iba nuestro pobre amigo, que no vacilaba, ni temía, ante el peligro, y en alguna de aquellas apestadas mansiones que él describía de un modo maravilloso en sus partes diarios de cuatro trazos, adquirió la enfermedad que lo ha llevado al sepulcro ¡qué dulce y hermoso es morir practicando el bien! diría ahora Horacio si viviera.

Manuel Salmerón tenía sin duda alguna la visión de su próximo fin. Varios detalles lo comprueban y yo puedo referir el siguiente de cuya autenticidad repondo. En el mes de Agosto último se encontraba en las playas de Adra una colonia virgítana, de la que él con su distinguida familia formaba parte.

Se comentaba la belleza del paisaje, los encantos de la luna, lo poético de las noches; se hacía el oróscopo para la temporada siguiente, y el decía á las chicas que revoloteaban á su alrededor como mariposas atraídas por su simpatía y por su ingenio; tu serás el año que viene, monja; tu te habrás casado; tu pintarás en el Museo del Prado; tu seras esto ó serás lo otro. Para todos tu vo una frase amable y jovial y cuando le llegó a él el turno, cambiando de tono y con sentido profético dijo: para el año que viene yo me habré muerto...

JUAN A. ENRIQUEZ.

Manuel Salmerón

¡Quién pudiera darte la vida, amigo del alma! ¡Quién pudiera animar tu cuerpo exánime, tornándolo a lo que fué! ¡Quién pudiera departir contigo en la intimidad, como tantas veces lo he hecho! Mas rindámonos ante la evidencia y no divaguemos; no soñemos con ilusiones

y quiméricas esperanzas. Tu preciosa existencia se alejó para siempre, perdiéndose en lo invisible del espacio, en el éter... en la nada. La delicada y tierna flor que te hacía visible, que te daba forma y realidad, diciéndonos lo que eras, cayó, truncada, como herida por el rayo, desapareciendo en las inmensidades del abismo. Quedó, sin embargo, lo que nunca muere; aquello que es imperecedero; lo que todo buen virgítano deberá conservar eternamente en su memoria: quedó tu nombre glorioso; tu esclarecido nombre.

¡Pobre Manuel! ¡Pobre amigo querido! ¡Qué efecto tan grande me produjo tu muerte! Fué un cañonazo inesperado, una descarga cerrada. Recibí la infausta nueva, postrado en cama, con la maldita gripe. ¡Maldita, sí, que nos privó de tu cariño y de tu inmenso valer!

Tu modestia, la bondad de tu carácter, tu inteligencia portentosa y las demás prendas que te adornaban; eran muy bastantes para que te miráramos con predilección y te quisiéramos con entrañable cariño. Así es que todos hemos llorado tu muerte, haciéndola propia, y sintiéndola al par que tu atribulada familia.

Ponderar tus virtudes, hablar de la fecundidad de tu pluma y del bien que hubieras prodigado, aunque es cosa bien sabida, no debemos, sin embargo, olvidarla, y de ello plumas autorizadas habrán de ocuparse, toda vez que este es el mejor homenaje que se te puede rendir, y el mejor timbre de gloria para tus deudos y amigos.

Descansa en paz, Manuel Salmerón. Duerme, tranquilamente, en tu mansión eterna, el sueño que a todos nos espera, y si desde allí, y a través del etéreo espacio que nos separa, te es dado penetrar en mi angustioso corazón, no apartes de tu mente el pensamiento del que estas líneas te consagra.

MIGUEL TORRES OLIVEROS

A la memoria de Manuel Salmerón

No sé si las lágrimas que en torbellino se agolpan a mis ojos y la convulsión que agita mi temblorosa mano me dejarán rasguear unos renglones que dedicar a tu memoria, mi logrado amigo. Casi a un tiempo caímos en la batalla que Berja libra contra la epidemia reinante, y en la que tomamos parte muy activa, yo en cumplimiento del deber, tu llevado del gran espíritu de caridad que anidaba en tu corazón generoso y grande.

Más despiadada contigo la enfermedad, sin reparar en que agostaba en flor a un cerebro privilegiado, que arrebataba a Berja una de sus más risueñas esperanzas, que privaba a las letras patrias de uno de sus más hábiles y entusiastas cultivadores, y al derecho de un sutil intérprete, y a una familia del más esclarecido de sus miembros y a una sociedad de una de sus almas más generosas y mejor entrenadas para

luchar... cegó su preciosa existencia sembrando el luto en tu rededor.

Si hubiera de hacer a la pluma intérprete de todo lo que yo de tí decir quisiera, las columnas de GENTE NUEVA, de este periódico a quien tanto amor consagraste, serían insuficientes para contener lo que la justicia y mi amistad me dictan. Pero ¿para qué? ¿De qué puede aprovecharte un largo artículo necrológico? Para tributo externo a la amistad basta un quejido. Y el tributo interno, ese tributo íntimo y secreto del que solo Dios es testigo, ese... ese tu sabes que no te falta por mi parte. Yo no me siento totalmente separado de tí, queda entre nosotros un hilo conductor... la oración.

ANTONIO RUIZ

Mi flor para su tumba

A la muerte del que fué en vida ameno y culto literato Manuel Salmerón Pellón.

Llegó la fatal noticia a mis oídos, abrumadora y lacerante. Recia ola de dolor vino a envolver mi alma entristecida, salpicando de lágrimas mis ojos, húmedos aún por el llanto. Y, en mi honda pena, sentí la amargura incomparable de una madre desolada, la mortal tristeza de unos hermanos afligidísimos, el duelo general de parientes y devotos, a la muda contemplación espiritual del amigo entrañable postrado en su lecho de dolor, cerrados los ojos, pálido el semblante, la frente fría y sudorosa...

¡Oh, que angustia sentirías, caro amigo, al ver aletear dentro de tu silenciosa alcoba la muerte cruel y traicionera que segó con su guadaña tu vida llena de ilusiones!.. ¡Con qué acerbo dolor, con cuanta pena verías acercarse el fatal momento, en la plenitud de tus años, cuando albergabas en tu pecho nobles propósitos, cuando en tu mente bullían mil ideas renovadoras de moral y de justicia!..

Te fuiste de entre nosotros porque así lo decretó la Omnipotencia divina; pero vive tu grata memoria, tu recuerdo imperecedero, en tus limpios artículos, en tus amenas crónicas, en tus bellos cuentos de corte exquisito y moral intachable.

¡Sean estas breves líneas sincera manifestación del amargo pesar que siente mi alma, orgullosa de haber departido con la tuya, noble y franca, en discretas y amenas epístolas que hoy conservo como joyas inapreciables de artístico valor, como prenda cariñosa de una amistad desinteresada!

GABRIEL BAENA ALFEREZ



En la multiplicidad de duelos causados con el fallecimiento de nuestro querido e ilustre amigo Manuel Salmerón Pellón, hay heridas de amores, hay pesares de afectos y hay luto de heráldica nobleza.

La madre y los hermanos del ángel bueno que alegraba un hogar de bendita historia, sienten destrozado su corazón, porque de él, ha subido a los cielos un aroma de ternura y de bondad que era el consuelo y el encanto de una familia envidiable.

Nosotros, hemos perdido al amigo del alma, al compañero leal y benemérito, al consejero noble, al artista incomparable de la majestuosa y brillante labor literaria, que entre los intelectuales deja una orientación y un ejemplo orlado con los laureles de cien victorias.

Berja en primer término y la provincia de Almería en segundo, han visto partir hacia la Eternidad, al hijo preclaro que con las armas de su talento incomparable y de su perseverancia manifiesta, esmaltando con rumbos de gloria su apellido ilustre, creaba para Berja y para esta provincia infeliz, la clave soberana de un arco de magestad noble y ejecutoriada, testigo elocuente que en los siglos futuros, proclamará con caracteres indelebles sus hermosos y sorprendentes triunfos literarios.

Unamos lágrimas y recuerdos y gratitudes en apretado haz de flores, immaculadas como su alma, y dejémoslas caer en su sepulcro, como testimonio de nuestra adoración a sus talentos.

MARIANO LOPEZ IBÁÑEZ

Almería 30 Octubre 1918.

Carta abierta.

Sr. Director de GENTE NUEVA.

BERJA

Muy señor mío: Perdóneme usted, querido Director, permóneme también quienes leyesen, ¡perdonarme Dios mío!, si al llorar la muerte de Manuel Salmerón, no guardo los respetos debidos á la rutina social ni a mis convicciones cristianas. La fuerza del dolor me aparta del cáuce sagrado por donde discurre mansamente la resignación... y, con el impulso torrencial de mi sentimiento, que se desborda, y no halla muro ni encuentra dique que lo contenga, me personé en la plaza pública de Berja, para protestar del fallecimiento del inolvidable escritor.

No me avengo á que hallamos

perdido la ilusión, el orgullo, de verlo brillar bien pronto entre los mejores maestros del cuento y de la novela española. Llamado, como estaba, a satisfacer el recreo espiritual de una generación sedienta de goces, ha sido inhumano que desparezca uno de los más preclaros artífices de la belleza literaria.

El joven literato, no se había dado cuenta todavía de que no era figura mediocre en el Parnaso nacional. Ha muerto desconociendo que todos los sábados había una multitud de ciudadanos que anhelaban la salida de «Blanco y Negro» para ver si encontraban la firma de Manuel Salmerón Pellón, y saborear lo que narrase; porque en todos sus trabajos se encerraba la pepita de oro del genio, cuyo descubrimiento emociona e inunda el alma del lector con el inefable perfume del arte.

Es imborrable el recuerdo del original testador, amante de la música, descrito en uno de sus cuentos, que declara heredero de su violín, instrumento de valor incalculable para él, a su sobrino predilecto; y a su otro sobrino el perverso, le transmite la propiedad del único cortijo que poseía. En «Cain el Bueno», está trazada de una manera prodigiosa la lucha de afectos de un perro que vé robar a su antiguo amo y quiere defender al mismo tiempo los intereses que estaban bajo su custodia.

Ya lo he dicho, Manuel Salmerón, valiéndose de un estilo conciso y sencillo a lo Guy de Maupassant; con un gusto depurado que ahuyentaba el más ligero polvo de obsenidad y de cursilería, depositaba en todos sus escritos la pepita de oro que encontramos en los eternos modelos, como en «El Abad de S. Gall» de Rienzi, en «El Suicidio Frustrado» de Alfonso Kar, en «El Vaso de Estaño» de Jean Personne, en «El Suplicio de un Avaro» de Hume, en «La Pulga del Rey» de Cautulo Mendes, en «Las Tres Cosas del Tío Juan» de Nogales, y en tantos otros.

Al decir adios a la que ya no puede ser futura gloria de España, permóneme ¡Dios mío! si te ofendí en estos mal perjeñados renglones, y devuélveme la serenidad para comprender que si nos privas de un cerebro en el que se realizaba el misterio de la creación de concepciones maravillosas, también fuistes tú el que por breves horas lo tuviste en el mundo para buenos ejemplos, consoladora enseñanza, y admiración de su talento.

ANTONIO CUENCA CUENCA

Adra 30 Octubre 1918.

Lea V. todos los domingos Gente Nueva

Manuel Salmerón Pellón

Una cariñosa misiva de mi viejo y querido amigo virgitano, fué la portadora de la nueva fatal: «Manuel Salmerón, el discreto inspirador de GENTE NUEVA, ha muerto», fueron los lúgubres vocablos, concisos y terribles, con que el Dolor vino a clavar en mi corazón sus implacables garras. Por que, personalmente, le desconocía: Su envoltura carnal, la naturaleza deleznable, ánfora quebradiza en que alienta el alma, quedó para mí en la ignota región del Misterio, al hundirse en el negro abismo de la Muerte; pero su espíritu, ese hábito impalpable, que flota y se diluye en las concepciones de la mente, me era casi familiar y había establecido entre nosotros tales vínculos de pura simpatía, que llegué a rendirle fervoroso culto en el altar de mis más caros afectos.

¡Pobre Manolo!... Ni la lozana y gallarda flor de tu juventud; ni la reciedumbre de tu contextura mental; ni la dorada cadena de afectos que a la Tierra te ligaban, quiso respetar la Intrusa, voraz e insaciable! Y, en su eterno afán transformador, te sumió en las negruras del no ser, cuando ya la Gloria comenzaba a batir sus argentadas alas en torno de tu inteligencia esclarecida...

Tu prematura muerte no debe ser motivo de luto sólo para tus deudos y amigos, sino para todo Berja, que ha perdido un hijo predilecto, quizá el de mentalidad más preclara y merecedor, por lo menos, de que su nombre se perpetúe, como timbre de gloria, en una de sus mejores avenidas, ya que los padres se honran a sí propios al honrar la memoria de sus hijos.

LUIS LOPEZ Y LOPEZ

Dalias.

Al inolvidable Manuel Salmerón Pellón

Sin poder

Ha muerto en la plenitud de sus facultades rodeado de familia cariñosa y solícitos amigos que, hasta los últimos momentos supieron rendirle cuidados, desvelos y amores debidos al más ilustre hijo que naciera en Berja en la presente generación. *Los picos de las peñas* que a su instancia juntamos un día para escribir en provecho de nuestra tierra, quedaron separados por obra del destino, y hoy al trazar estas breves y sentidas líneas, la pluma nervioseosa sobre las albas cuartillas y la mano impulsora se detiene bruscamente porque... no sabe expresar lo que un espíritu frío y sereno pudiera decir en este luctuoso acto,

haciendo justicia de crítico maduro si glosare los trabajos todos que brotaron de los destellos de su ingenio.

Manuel Salmerón era caballeroso, altruista y su nombre de insigne literato había pasado las fronteras por su reconocida fama sin más ayuda que su laboriosidad, la bondad inmensa de su alma transparente y su privilegiado talento, atributos que nuestra ciudad tiene el deber ineludible de inmortalizar en obra imperecedera, para que los hombres cultos de nuestra patria que se hayan deleitado saboreando las bellezas de sus trabajos literarios no la maldigan nunca.

El amigo entrañable poseía condiciones excepcionales que, a su tiempo habrá labios y plumas autorizadas que biografien con la justeza de sus méritos, pero por hoy limitome a solicitar del ilustre Ayuntamiento que, siguiendo la tradicional costumbre hispana de honrar la memoria de sus genios, se ponga a la calle donde vió la luz primera, el nombre del llorado e ilustre muerto.

¡Pobre y malogrado Manolo! Tus ojos soñadores delataban una superior inteligencia y aparecían siempre nimbados de infinitas tristezas, y es, que tu alma de poeta quedó rota en noche fatal al desaparecer el idolo de tus santos y venerados amores, herida cruel e inevitable que fué poco a poco destrozando tu corazón de artista hasta sumirlo en la nada aprisionando el último suspiro. ¡Oh gran romántico de nuestra época! volastes a otras regiones abandonando el círculo de cerros que, un día con tu mágica e impóluta pluma, grabastes en la Revista que hasta el postrer momento llevó tu inspiración, quedándonos el único consuelo de que Dios en su bondad absoluta habrá fundido vuestras almas en un eterno beso de amor celestial...

MIGUEL PARDO

Berja 29.

Mi triste homenaje

Humedece mis ojos, por abrumado dolor; y herido en lo más intenso de mi ser, cojo mi torpe pluma para llorar con todos, la muerte del inolvidable y querido amigo Manuel Salmerón Pellón. Literato que con las galanuras de su pluma fluida, supo triunfar, escalando los puestos más preciados, con las percepciones y afectos sensibles de un clasicismo cervantesco, merced a las antorchas brilladoras de su talento.

El genio no muere porque a su paso por este mundo, deja siempre,

una ráfaga rutilante y los tesoros de la belleza de sus creaciones, que brotaron de su Númen privilegiado; pero ¿quien será capaz de consolarnos, de la ausencia del amigo cariñoso, perdido ante la saña implacable de la Muerte, cuando las ilusiones inundaban su alma, con los bríos de una juventud triunfante...?

Descanse en paz el justo, víctima pura del hado adverso, sacrificado por su excesivo amor a la Caridad...

El, será de los que se sentarán a la diestra del Señor...

Berja, ha contraído, con su preclaro hijo, una deuda de honor para honrar su memoria.

Y yo... esforzando el pecho para reprimir mi angustia, desde las reconditeces de mi amargado espíritu, le envío, dolorido, una resignada plegaria de ternura.

JUAN SORIANO MARTIN.

Dalias.

Pobre Manuel!

Los hombres que por su esfuerzo personal, única y exclusivamente, consiguen que su nombre sea cotizado en el mundo de las letras, no debían nunca morir pues el hueco que dejan en la sociedad difícilmente puede llenarse. De esos hombres era el culto colaborador de «Blanco y Negro», Manuel Salmerón Pellón que en el apogeo de su númen ha muerto traicionadamente arrebatado por la Implacable, que hoy se complace en ir escogiendo sus víctimas, una a una, entre lo más florido de la juventud y que con refinada crueldad prefiere lo más justo, lo más bueno.

Hoy Berja, la ciudad hermana, anonadada por el peso del dolor no podrá darse cuenta de que al perder al preclaro hijo, ha perdido la flor delicada de exquisito perfume que la engalanaba y que era su orgullo, pues Manuel Salmerón Pellón con su pluma llevaba a todas partes el nombre de su pequeña patria.

Bien poco vale la mia para expresar todo lo que debiera en honor del muerto ilustre, pero en ella pongo toda mi alma para testimoniar en GENTE NUEVA mi humilde tributo de admiración exclamando: ¡Pobre Manuel!

MANUEL CHAVARINO

Dalias 31 Octubre 918.

GENTE NUEVA y sus negocios le rendirán pléngües ganancias.

A la memoria del amigo perdido.

¡Berja está consternada, abatida! Berja llora en estos momentos la desaparición de seres queridos, arrebatados en plena juventud y cuando todo les sonreía, del mundo de los vivos!

Triste, conmovedor, desgarrador es el cuadro que desde los últimos días del pasado Septiembre venimos presenciando con el desfile de los que se van para no volver más; desconsolador y lóbrego es el estado en que quedan muchas familias: no puede negarse; pero hay muertes que afectan a propios y extraños; hay muertes, que si grande es el vacío que dejan entre los suyos, no lo es menos el que dejan entre la sociedad que los rodeaba. Y es que, como en esta han dejado un hueco inalienable, como no halla otro que sea digno sucesor del ser perdido, como ve deshechas todas las esperanzas, desvanecidas todas las ilusiones, derrumbados todos los castillos, desbaratados todos sus planes, la sociedad, los amigos, y aun aquellos que aparentemente no lo eran; los recuerdan con dolor inmenso, con el alma y el corazón lacrados. De este tamaño ha sido, es y será la del amigo inolvidable, la del compañero bueno, la del preclaro ingenio, D. Manuel Salmerón Pellón.

Has muerto, carísimo amigo, cuando Berja más necesitaba de tus poderosos bríos, cuando más falta le hacía el mágico talismán de tu portentosa pluma y la ayuda de tu no igualado talento. Has dejado a tu Berja, a la Berja de tus sueños, sumida en el caos de la desesperación y del dolor. ¿Quién podrá reemplazarte, quien podrá ocupar tu lugar para la lidia por la redención de este olvidado pueblo de tus amores?

Tú eras la estrella polar, guía de los extraviados en el piélago de la vida; tú el confortador del desvalido, que de tí esperaba su redención; tú el amparo del menesteroso el catequista de las masas que desgraciadamente gimen en la ignorancia y en las tinieblas del error; tú, el portestandarte de ideales futuros que habían de encauzar por profundo lecho las corrientes purificadoras que habían de renovar a la Berja de ayer.

Y a tí, que por tantos y tantos títulos gloriosos, yo te proclamo hijo predilecto de Berja, a tí, ¿como perpetuarte en la memoria de las generaciones futuras? ¿No tienen, también, los que vienen detrás de nosotros, derecho a saber a quien deben la liberación y reivindicación del bien perdido? Yo creo que sí.

Pues bien: este no hijo nativo de Berja, pero virgitano por adopción, y más que todo admirador de tus

claros y cabalrescos, pro-
*por suscripción popular se
 entre los amigos del finado
 que perpetúe su memoria;
 la placa se coloque sobre
 y en ella se hagan resal-
 ritos del quíallí descansa.*
 ¿ace bien la proposición?
 ¿bien poco o nada valgo,
 ¿veis contar conmigo el pri-
 todos.

FAUSD MARTINEZ

Manuel Salmerón!

da sobre mi pecho como un
 y medio torrada ya por las
 está aún la carta que me
 a, en fecha no muy lejana,

aquel cariñoso amigo, de todos co-
 nocido y por todos llorado.

En ella, queriendo el exquisito
 artista derramar unas gotas de bál-
 samo consolador sobre las penas de
 mi alma, volcaba, tal vez sin darse
 cuenta de ello, toda la amargura de
 su corazón roto para siempre.

Porque en su corta vida se ocul-
 taba ya el áspid del dolor; había en
 ella algo así como el recuerdo de
 una cosa muy querida que ya no
 podía ver; y ese algo se encuentra
 en el fondo de sus escritos, como
 se encuentra el detritus en el fondo
 de un vaso que haya contenido es-
 pesa bebida.

A mí no me ha sorprendido su
 muerte; no podía sorprenderme
 porque la presentía. Sin embargo,
 me ha herido en pleno corazón, co-
 mo una desgracia propia, como una
 pérdida de familia, de esas que nos

visten de luto el alma eternamente.

¡Pobre amigo mío! Con él se ha
 extinguido el hombre bueno, el co-
 razón sano pronto a todos los cari-
 ños, propicio a todas las generosi-
 dades, que había hecho de la amis-
 tad un culto y una religión de la ca-
 ridad; se ha extinguido aquél talen-
 to prodigioso; ha dejado de latir
 aquel corazón tan grande; ha desa-
 parecido su arte incomparable; ha
 enmudecido su pluma, aquella plu-
 ma maravillosa que siempre se mo-
 vió inspirada por nobles ideas y por
 estímulos sentimentales absoluta-
 mente desinteresados; aquella plu-
 ma de oro guiada solo por el amor,
 amor sublimado por las ideas, amor ha-
 cia sus conciudadanos, cuyos dolo-
 res compartía con misericordia infi-
 nita.

Lloremos todos la muerte del ami-
 go, del hermano del alma y rindamos
 a la par un merecido homenaje a la
 memoria del más conspicuo de nues-
 tros prosistas; homenaje que sea un
 vivo e imperecedero testimonio del
 cariño y admiración que por él sen-
 tíamos

Y este homenaje, a mi entender,
 debe consistir en solicitar del ilustre
 ayuntamiento de la ciudad, que
 en lo sucesivo, la calle de la Unión,
 lleve el nombre de Manuel Salmerón;
 iniciar una suscripción popular
 para la adquisición de una lápida,
 que sería colocada solemnemente en
 la fachada de la casa en que nació,
 vivió y murió el escritor insigne; y
 por último, organizar una manifes-
 tación de la que forme parte la mu-
 jer virginita, a la que el poeta dedi-
 có en vida sus más bellas cancio-
 nes, que partiendo de la Plaza de la
 Libertad, visite su tumba, deposita-
 ndo sobre ella flores, muchas flo-
 res, que llevarán entre sus perfumes
 besos de amor que fueron a posar-
 se sobre la frente del glorioso.

Esto y más, mucho más, merece
 el hombre generoso que no supo
 más que amar y sufrir hasta el fin
 de su vida. Fijaos en sus escritos y
 veréis que no hay en ellos más que
 un comprimido sollozo, aunque mu-
 chas veces quisiera esconderlo en-
 tre risas. Su pluma iba casi siem-
 pre mojada en lágrimas con todo el
 amargo sabor de la vida.

Id a llevarle flores, muchas flo-
 res, para que el alma del poeta pue-
 da ofrendarlas a otra muy amada,
 cuya imagen llevó grabada en la su-
 ya eternamente.

Llevalde flores, sí; aunque ellas
 no sean tan bellas como las que de
 su pluma brotaron.

MANUEL SANCHEZ

Berja-Noviembre 1918.

Imp. PELAEZ.—Almería.

Carta abierta

Sr. Director del semanario GENTE NUEVA

*Mi buen amigo: En momentos de ho-
 rrible amargura te escribo para que ten-
 gas la bondad de dar cabida en ese ama-
 do periódico, a estas pocas líneas nacidas
 de mi corazón.*

*Si la muerte de mi adorado hermano
 Manuel ha sido para su familia una
 enorme desventura, el intenso y espontá-
 neo dolor de los que tan bondadosamente
 honran su memoria, conforta el espíritu
 abatido de los que le lloramos.*

*Para esos innumerables amigos que
 compadecidos dedicaron frases amorosas
 a aquel ser tan querido, siempre, siempre
 guardaremos el más tierno afecto.*

*Con esos jóvenes caritativos de GEN-
 TE NUEVA que han regado de lágrimas
 el sepulcro del que ha muerto con la paz
 en el alma y la sonrisa en los labios, vivi-
 remos constantemente en fraternal abra-
 zo, y en todas nuestras oraciones al Altí-
 simo pediremos para ellos más dicha que
 reservó en la tierra al que supo ser ángel
 del consuelo de un hogar.*

*Enviando a todos los que han aliviado
 nuestra insondable pena la expresión de
 gratitud más imperecedera, te saluda y
 quiere tu afmo.*

JOSÉ SALMERÓN PELLÓN

28-10-18



lido
 tidal
 os la
 arre-
 cuan-
 o de
 ador
 imos
 imos
 los
 des-
 tado
 no
 ertes
 ños;
 l va-
 io lo
 a so-
 que.
 ueco
 que
 lido,
 spe-
 ilu-
 cas-
 pla-
 aun
 io lo
 nen-
 era-
 es y
 a del
 claro
 llón.
 uan-
 po-
 le
 por-
 u no
 a tu
 , su-
 ción
 npla-
 lugar
 este
 ia de
 de la
 ivali-
 ción;
 el ca-
 sgra-
 cia y
 por-
 que
 ando
 doras
 ja de
 os tí-
 o hijo
) per-
 gene-
 tam-
 noso-
 leben
 del
 vo de
 ción,
 le tus

14

haciendo ju
si glosare
brotaron de
nio.

Manuel
so, altruist
literato ha
por su rec
da que su
inmensa d
su privile;
que muestr
eludible de
pereceder
cultos de r
yan delect
zas de su
maledigan

El amigo
ciones ece
po habrá l
das que b
sus mérit
a solicitar
que, sigu
tumbre lí
ria de sus
lle donde
bre del líc

Pobre
ojos soñar
rior inteli
alimbados
es, que ta
ta en noc
ídolo de
amores, h
fué poco
razón de
nada apr
¡Oh gran
ca! volas
donando
un día co
ma, graba
ta el posi
piración,
suelo de
soluta h
en un el
tial...

Berja

Mi tr

Humer
mado de
tenso de
na para
del invol
nuel Sal
con las
da, sup
puestos
cepcion
clasicis
las anto
lento.

El ge
paso pe



EL SEÑOR

D. Manuel Salmerón Pellón

ABOGADO

Falleció en la Ciudad de Berja, el día 25 de Octubre de 1918,
a los 27 años de edad.

R. I. P.

Su afligida madre doña Elisa Pellón Gar-
cía; sus hermanos D. José, D. Antonio, D. Fran-
cisco (ausente), Doña Elisa, D. Miguel, Doña
Gador y Don Guillermo, hermanos políticos,
tios, primos y la Redacción de GENTE NUE-
VA, tienen el sentimiento de participar tan do-
lorosa nueva, suplicando una oración por el
eterno descanso del finado.

El Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada, se ha dignado conceder 100 días
de indulgencia por cada acto piadoso que se practique en sufragio de su alma.



DON INOCENCIO MEDINA VERA, LAUREADO PINTOR Y COLABORADOR DE "BLANCO Y NEGRO", QUE HA FALLECIDO EN ARCHENA



DON MANUEL SALMERÓN PELLÓN, NOTARÍO ESCRITOR, COLABORADOR DE "BLANCO Y NEGRO", QUE HA FALLECIDO EN BERJA

De la muerte de dos queridos amigos y compañeros, ilustres colaboradores de BLANCO Y NEGRO, tenemos que dar noticia con muy sincera aflicción.

Son los finados el que fué ilustre y laureado pintor Innocencio Medina Vera y el también ilustre escritor Manuel Salmerón Pellón.

Inocencio Medina Vera, joven aún, devoto rendidísimo del arte pictórico, que cultivó con entusiasmo y que le valió medallas en recientes Exposiciones celebradas en Madrid, popularizó su firma no sólo en sus cuadros, sino en las planas de A B C y de BLANCO Y NEGRO con sus dibujos.

Modesto, sencillo en su trato, se hizo querer por los que también admiraban su vena de artista.

La simpática figura de Manuel Salmerón Pellón, por su constante laboriosidad, por sus altas dotes intelectuales y por su exquisita bondad y corrección, llegó a conquistar puesto eminente entre las juventudes de nuestra Patria y nuestro tiempo.

Abogado inteligente y culto, escritor de fina sensibilidad y bello estilo, pudo haber llegado a gozar de encumbrado sitio en las letras españolas.

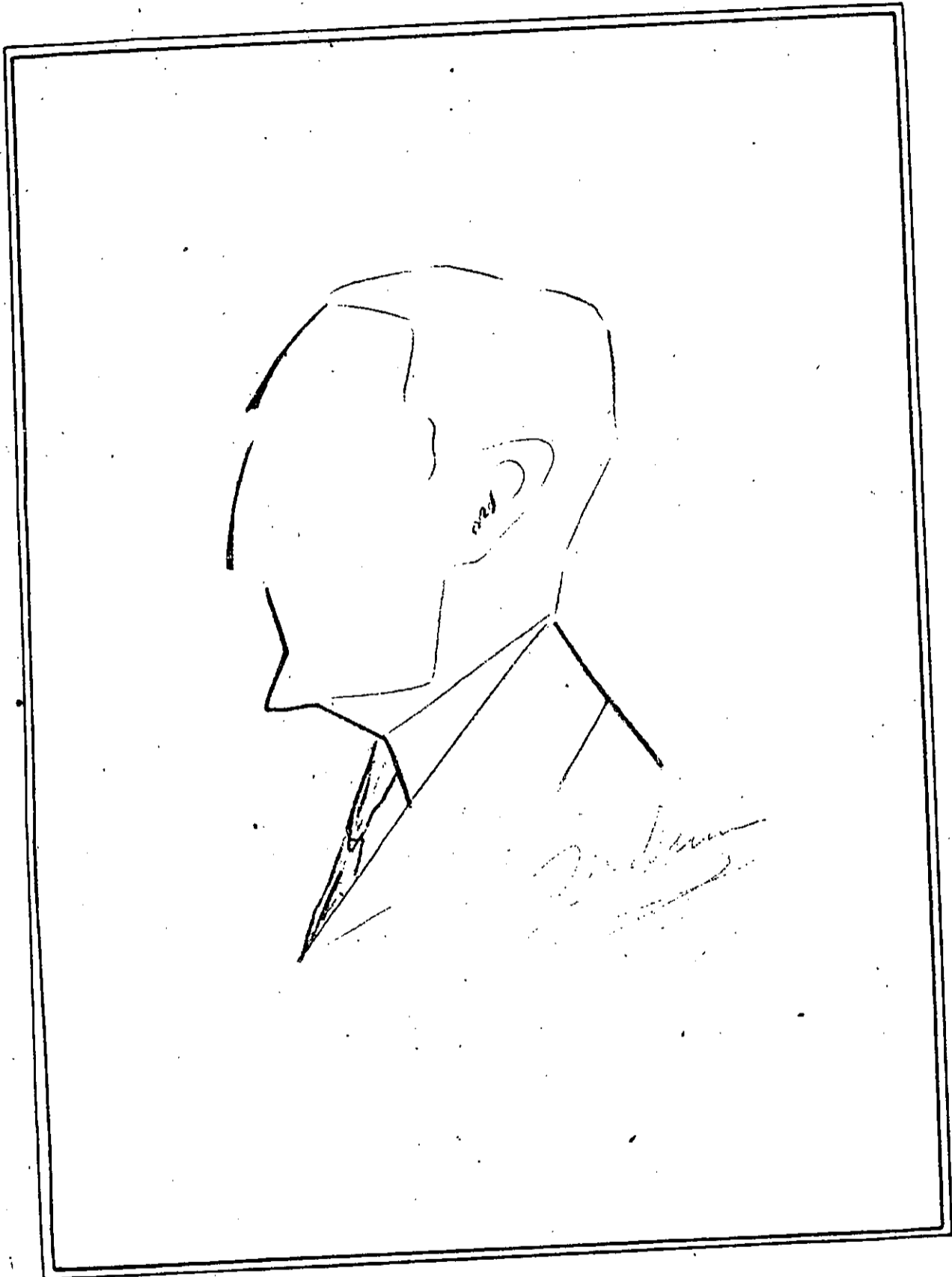
BLANCO Y NEGRO, en varios concursos literarios, premió sus merecimientos, incluyendo además su firma en el cuadro de sus colaboradores.

En Berja, su pueblo natal, a los veintisiete años de edad, el día 25 de Octubre, la muerte dolorosamente nos arrancó esta juventud, llena de esperanzas.



NOTAS DEPORTIVAS DE SAN SEBASTIAN Y MADRID

1, EL EQUIPO DEL REAL UNION DE IRUN, QUE GANO AL ESPERANZA, 2, EL ESPERANZA, DE SAN SEBASTIAN, 3, EQUIPO DE LA GIMNASTICA, DE MADRID, 4, EQUIPO DEL UNION SPORTING. (FOTOS MARTIN Y DUQUE)



De nuestro Certamen Literario
Lema: ESTOS, ¡AY! DOLOR...

VILLA-VIEJA

Allá en un cerrete
las ruinas se elevan...
restos de un pasado
de la patria vieja.
Pedazo del tiempo
casi de leyenda,
en que por las calles de la Berja antigua
cruzaban los hijos del falso profeta.
Los hijos del Africa fatalista y ruda,
la de las mezquitas y la torpe guerra,
la que sólo fuertes hizo sus castillos,
mas no supo al alma darle alas eternas.

Cuando yo contemplo las ruinas alzadas
viéneme a los labios una amarga queja:
de los tiempos árabes, no son estas ruinas
lo que solo quedan.
Ya que no dejaron
ningún palacete que orgullo nos diera,
junto con los restos de alguna muralla,
aquí se dejaron... toda su pereza.

ABEN-CERRAJE



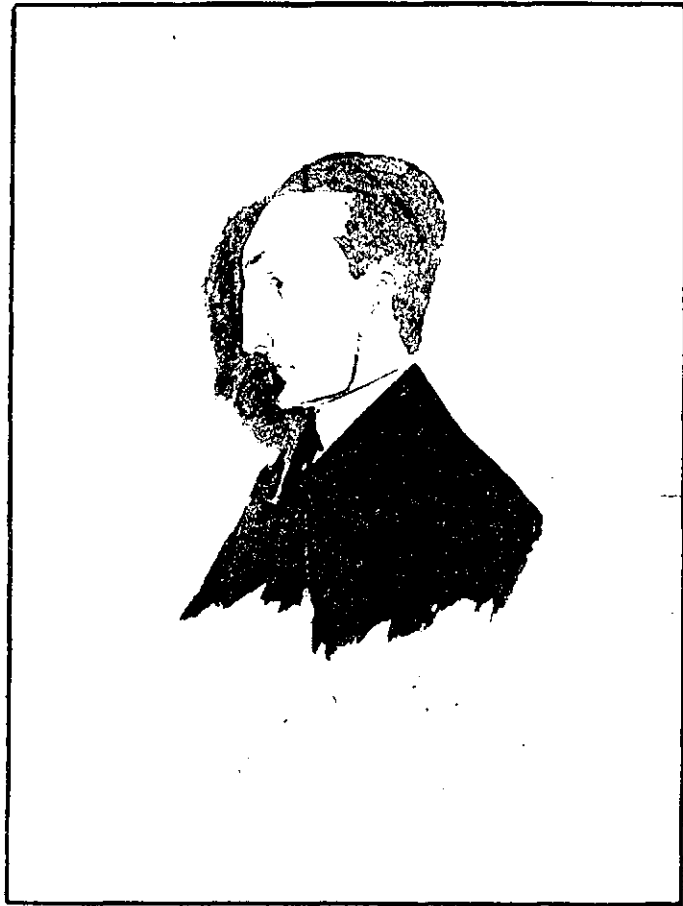
— A mi amigo Salmerón
El cuentista más castizo
Que conoce la Nación
Le dedico esta alabanza de poeta primerizo
Por quejarme la vez a mi gusto una fima que
(reemplazó)

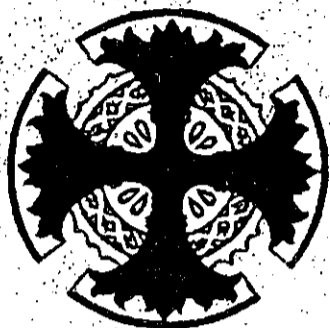
= Alabanza Campesinista =

Sea en este mundo vil el todo extraño
Bien claro a nuestra vista se le abraza;
Nace de una esperanza un desengaño,
Y a un desengaño sigue otra esperanza....
La planta florecida da simiente
Y esta a su vez da planta floreciente.

Mant. P. (anacora)

Granada 9. Junio 1917
I. Puente J. J.





El Señor

Don Manuel Salmerón Pellón

Abogado

Falleció en la Ciudad de Berja, el día 25 de Octubre de 1918.

R. I. D.

Su desconsolada madre doña Elisa Pellón García; sus hermanos don José, don Antonio, don Francisco (ausente), doña Elisa, don Miguel, doña Gábor y don Guillermo; hermanos políticos doña Piedad Roda, doña Soledad Peralta, don Miguel A. Villalobos y doña Francisca Matos, tíos, primos y demás parientes:

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarlo á Dios y tenerlo presente en sus oraciones.

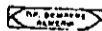
El funeral que se celebrará el día 25 del corriente á la hora de las 10 de su mañana en esta Iglesia parroquial, será aplicado por el eterno descanso de su alma.

Hay concedidas indulgencias, en la forma acostumbrada.

Berja Noviembre 1918.

El duelo se despide en la Iglesia.

1885





EN LA CUMBRE SERENA

POR M. BALMORÓN PELIÓN

ALLA en la cocorota de la loma, cobijadas de centenarias encinas, asentábanse las siete casas blancas que componían la cortijada del Vencejo.

A los pasos del cielo, colgadas sobre el abismo, como un gayo pompón ó una nevera, las casitas blancas servían de refugio á un puñado de familias sabedoras tan sólo de que el trabajo es amor para la madre tierra y la lealtad la mejor madrina de la paz humana.

Los labriegos del Vencejo vivían la vida unidos, como hermanos, puesto que todos hijos eran de aquella loma santa y pródiga, que, á cambio de la diestra azadonada ó del paciente caminar tras de la yunta, ahitaba los trojes de sus graneros é inflaba sus bolsas de calceta. Y vivían dichosos bajo la férula patriarcal del tío Javier, viejecito bueno, todo corazón, por cuyas manos de gañán leal había pasado la niñez y el mocerío de todos los del Vencejo. Pero la vida también cruzaba la loma con sus horas de llanto. Una noche, la muerte, vestida de lechuza, desde las ramas de la encina cercana al hogar del "abuelo", con su canto-llamada, emplazó á alguien, y con las primeras claridades del alba se llevó al viejecito para siempre.

Como á un rey bueno lo lloraron. Los del Vencejo supieron lamentar la desaparición del patriarca tanto como la del padre supo llorar Rafael.

Solo y rico quedaba el que, al decir de todos los labriegos y labriegas, *hacia ojo* entre los contados mozos de la cortijada; y como estaba solo y además era hombre, resolvió casarse para partir su bienhombría y su hacienda y emular al viejo que legó á la loma unos brazos robustos que abriesen surcos y velasen la fecundidad de sus entrañas maternas.

Dejándose llevar de su juventud apetedora, bajó al llano, ya que la altura nada le ofrecía, husmeó cortijadas y fue se tras la hembra airosa y pizpireta. Al fin, dió con ella. Una tarde, en la ciudad, el corazón del labriego reprimió su carrera buscadora y redobló su sed. La hembra apetedida la tenía ante los ojos.

Zalamero é incitante, libró la primera batalla. El mozo era despierto y guapote; á la moza no desagra-

dó el *atreimiento*. Comenzó el amoroso forcejeo. Rafael no quiso subir á la loma sin llevarse promesas, y al cabo, tras unos días de ronda, en los que hubo galanterías y no pocas investigaciones, la madre de la hembra concedió la mano de su retoño, fresco como una toronja, y Rafael triscó alborozado, pecho arriba, para comunicar la nueva á los del Vencejo y preparar su nido.

Los labriegos prodigaron parabienes al mancebo y apetedieron la llegada de la moza para quererla, para compartir con la venida de *otras tierra*, la serenidad de las cumbres y el amor á sus vidas retiradas y dichosas. Sólo el nuevo patriarca, otro viejecito bondadoso, reservó sus plácemes. Y llegó el día en que un cortejo, que en recuerdo del *abuelo* quería mentir recogimiento, trepó loma arriba, escoltando á la nueva pareja, á los que "en cuatro días habíanse cobrado cariño de hermanos, á los que habían hecho de dos corazones uno".

Ingenuos los del labrantio, recibieron á la moza con mimos y caricias. Las mujeres pronto intimaron; los hombres supieron ser como siempre habían sido: afables, fraternales, pero respetadores de la hembra ajena.

Y pasaban días y aumentaba el querer del nuevo matrimonio. El hijo del *abuelo* había heredado corazón y honra y no poca miel para endulzar la vida de los suyos. Ella llegó á apasionarse. Aun cuando su pereza de mocita regalada en la ciudad parecía obstáculo para conllevar la existencia de la loma, lejana del bullicio, pronto gustó de las madrugadas para seguir el paso de los bueyes esparciendo puñadas de semilla, y anheló las puestas del sol para, en vez de pizpiretear, como allá hacia, entrarse en su casita, limpia como los copos, y, frente al marido bueno, comer la olla, bien nutrida de hierbas y *tajadas*.

Pero la vida también pasaba por la loma... Una hora adversa subió al Vencejo. De vuelta del trabajo, una tarde, la moza sintió agobio en el pecho, frío, angustia... De nada sirvieron cobijas y pócimas. La moza allí empezó á *andar para atrás*. Había perdido su apetito: poco á poco fué yéndose la salud de sus carrillos bermejos; sus ojos fueron rebelándose al

REDENTOR

POR JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

I

Clamé: ¡Venid á mí! ¡Seamos hermanos...!
Mi historia es la de todos los Quijotes
que dan la libertad á galeotes
que luego los maltratan con sus manos.
Di en bueno al dar en loco. En mi locura
me olvidé de las penas que tenía...
Tristeza de otros la tomé por mía,
fué la ajena amargura mi amargura.
Todos me hicieron mal y los perdono,
he sufrido su mofa y su abandono
y de espinas llenaron mis caminos...
Mi fe se desangró para mi daño
por la herida que abrióme el desengaño
puesto al pie de mi cruz como Longinos.

II

Fuí bueno..., fuí muy bueno..., como nunca
creí poderlo ser, y ahora suspiro
cuando en la noche sollozando miro
que mi bondad como una flor se trunca.
Por tener fe en el bien, por mucho amar
al placer del dolor mi alma se entrega...
¡Física ensoñadora, otoño llega
para todo el que enferma de llorar!
¡Bebed, ésta es mi sangre...! Y la bebieron...
¡Comed, éste es mi cuerpo...! Y lo comieron,
y mi alma fué festín de pecadores...
Y sin sangre y sin cuerpo va su osario
al término cruel de ese calvario
donde mueren en cruz los redentores.

Joaquín Dicenta (hijo)

AL CABO DE LOS AÑOS

POR M. SALMERÓN PELLÓN

I

YO HICE UNA VEZ UNOS VERSOS

No sé por qué fué; pero es lo cierto que una
tarde de Mayo florido y hermoso, mientras
las campanas pueblerinas llamaban incansables
á la fiesta en honor de María, yo descubrí mi
gran venero de poeta.

Luchaba á la sazón con los muy enormes y anti-
páticos textos del último curso del Bachillerato. Aun
eran misterio para mí las más fórmulas de la Qui-
mica, los más preceptos de la Ética... y la irresisti-
ble urdimbre de la amazotada Historia Natural.
Esto, en romance paladino, quiere decir: vagancia
durante siete meses... Pero ¡ay!, la fresca vestimen-
ta de los árboles que renacían espantó á la cigarra,
que vino á caer, no sin gran duelo, ante la mesa trá-
gica, repleta de papelotes y libracos. Ya podían ser
todo lo casquivanas y pizpiretas las mañanitas; ya
podían ser las carreteras arboladas del poblado los
más bellos caminos del mundo; ya podían cantar
como pájaros locos las campanas llamando á jubi-
leo... Mi dignidad era recia cadena. Encerrado en
mi cuarto, como un héroe, acogotaba á la nostalgia
del muy tentador rebullido del mes galante.

Y esa tarde, en un alto de la dura jornada, una
de mis manos se escondió en la encrespada cabellera
del galeote, los ojos se me abismaron, y la otra mano,
impremeditamente, escribió:

Yo tengo un corazón amplio y sonoro.

Entonces desperté. ¿Era mía, hija de mi espí-
ritu, la frase airosa, grande? Fué extraño desdobra-

miento el padecido... ¡Mi facundia era también voz
en la gran marcha de la primavera! ¡Yo tengo un
corazón amplio y sonoro...! ¡Vive Dios, que la pri-
micia del jardín ignorado no podía ser más bella!

Pronto trotaron los prosaicos cuadernos. Allá fue-
ron al otro extremo de la mesa. La cuartilla, des-
prendida al desgarrar de un bloc mil veces torturado
con cifras cabalísticas, parecíame ya ala blanquísi-
ma de un cisne de quimera... ¡El poeta triunfaba!
Las esmeraldas del parral afanzado á la reja de mi
celda y el griterío de las campanas levantaron la
divina polvareda de luz en mi espíritu, y en el jar-
dín se abrieron nuevas flores:

Yo tengo un corazón amplio y sonoro
como forjado en yunque de piratas...
Mi sangre al caminar parece un coro
de infinitas y eternas cataratas.

¡Loadas las manos de la primavera que, una tar-
de de Mayo, abrieron la inmensa piñata! ¡Salve la
primera rosa del jardín del poeta!

II

VIENTO EN POPA

El poema resultó digno del genio de D. José Es-
proceda. Era recio, provocativo, altisonante. Su
armazón parecía un castillo de hierro...

Mi madre, ¡la madre del poeta!, recortó con es-
mero el trocito del periódico provinciano que inser-
taba mis versos, y acompañado de una carta jubilo-
sa é ingenua, lo envió á su hermano, á mi tío D. Eu-
logio, un señor que vivía en los Madriles desde los
tiempos de Cánovas el monstruo. Y mi tío respondió
á vuelta de correo. He aquí algunos trozos del pere-
grino pliego:

"He gozado enormemente esta mañana leyendo
tus renglones y las primicias de tu hijo, mi sobrino.
Casi, casi he asistido á un desfile de mi juventud,
¡ay, perdida! Ya sabes que fuí también poeta, y no
digo soy, porque el tráfico cotidiano me tiene sorbi-
do por entero; pero aún me queda corazón para no
ser un espectador vulgar en estas auroras matutinas.
Abraza á tu hijo y di que su poema es un buen augu-
rio. Limpio de las imperfecciones propias del biso-
ño, resulta sonoro y emocional.

"He gozado enormemente. Entre tu hijo y yo hay
sin duda gran correspondencia. ¿No recuerdas aque-
llos versos míos que empezaban así: Mi alma es una
rueda del carro del sol...? Y aquellos otros que tú
aprendiste de memoria: Son sus manos dos alas de
paloma...? ¡Oh, ténpora!

"Menos mal que tu hijo recogerá mi caudal des-
perdigado. El, sin duda, sabrá pulir el tesoro que yo
le entregue; pero es preciso que se disponga á vivir
un poco... Ahí, en ese rincón, los corazones enfla-
quecen y se agotan. La gran máquina, la divina ma-
triz se paraliza, se hace infecunda; y si no, sus alum-
bramientos apenas si superan el flamear de una ce-
rilla... Los hijos del espíritu nacen enclenques, con
mucha anemia y muchos mocos... ¡Y es tan triste
ver á estos chicos con las piernas torcidas y el pes-
cucillo muy largo y muy blanco!

"¡Hay que vivir! Hay que asomarse al campo de
Agramante. Hay que dejar esa lenta agonía... Tu
hijo, si continúa ahí, continuará marchando al com-
pás de la zafia murga. El café, donde oirá á muchos
hablar de agricultura, de cacería y de hembras, como
si aún aientara el siglo troglodita, acabará por em-
beberlo. Y esto es muy amargo; el café pueblerino
es amarguísimo... Conste que no es retruécano.

"Tu hijo debe poner en buena solera su licor.
¡Debe vivir! Aquí á mi lado hay vida. ¡Que abra
su corazón al sueño y se venga conmigo!"

Vibró mi casa. Mi padre, mi madre y mis herma-
nos tuvieron para los renglones grandilocuentes

hacien
si glo-
brotar
nio.

Mar
so, all
literat-
por su
da que
inmen-
su pr
que ni
eludib
perece
cultos
yan de
zas de
maldig

El a
ciones
po hal
das q
sus in
a solíc
que,
tumbri
ria de
lle doi
bre de

¡Po-
ojos s
rior ir
nimba
es, qu
ta en
ídolo
amore
fué pe
razón
nada;
¡Oh g
ca! va
donan
un día
ma, gi
ta el p
piraci
suelo
soluta
en un
tial...

Ber

Mi

Hu
mado
tenso
ma pe
del in-
nuel
con la
da,
pues
cepci
clasic
las ar
lento
El
paso.

pronta su gratitud. Yo les bendije desde el fondo limpio de mis veinte años. "Un sol que nace y un sol que muere"; ¡pero siempre soles!

Me invitaba a vivir. Su nombre me sonaba á gran conjuro contra la niebla pueblerina. ¡Salve, oh magnífico y muy amado tío; tú me ofreces encarrillar mi gran carroza de quimeras!

III

LUGAR DE MEDITACION

Y llegó un día en el que después de ser aleccionado muy sesudamente con parrafadas desprendidas al parecer del mismísimo Kempis, me encaminé, ó mejor dicho, nos encaminamos á la estación, un tanto alejada del pueblo. Yo no había viajado nunca; mi primera salida conturbó los ánimos. Mis padres, mis hermanos, mis parientes, los criados... y yo en medio de todos oyendo sermones y advertencias y sufriendo apretones y caricias. Y, sin embargo, la luminosa floración de esperanzas, de risas, de locuras, no se apagó ni un ápice. Yo no me conturbé por la partida. Sentíame reciamente activo como un conquistador de leyenda. Me creía sabedor de la gran cábala para abrir el sésamo de la nombradía y de la gloria; por tanto, deseaba, anhelaba restar minutos á la vida chiquita, para abrir como un águila las alas y emprender un vuelo hacia las nubes.

Silbó el tren, y aún los brazos de los míos me tenían preso. Comencé á caminar. Sólo pude percibir la voz de mi madre: "¡Cuidado, hijo mío, cuidado!", y ver cien brazos como banderas despidiendo al peregrino.

Perdí de vista al pueblo; sacudí las emociones del arranque y me acomodé en la ventanilla; y... Esto pareceme merecer un punto y aparte.

Yo había soñado ser espectador de un luminoso desfile de ciudades, valles, campiñas y montañas, para refocilar el ánimo tanto tiempo encerrado en la *vista fija* de un pueblo legendario y vulgar. Y comenzó el desfile. La primera visión fué encantadora. En la suave comba de un monte casi azul había un pueblecito. Parecía una nevera, una bandada de palomas... una mancha de cal... ¡Oh, los viejos tópicos! ¡Por algo son viejos! Lo bañaba la plenitud del sol. Un anillo verdinegro lo circundaba. Allí la vida debía sonar á imperecedera égloga. ¡Un monte azul y un pueblo blanco! Era ésta la suprema concordancia. Mi numen de poeta voló á la cruz de la torre, que se presentía como un corazón en el centro de la mancha de cal; y allí, colgado bajo la meridional luminaria, aspirando la floración ingenua, soñó con la vida en la Arcadia, y como si aquel pueblecito fuera un símbolo, mi alma se abrió sonora para rezar: ¡Feliz, monte azul y pueblo blanco! Yo te he visto en horas de quimera y he puesto tu nombre en el epílogo de mi vida... En el final del mapa de mis marchas... Te he descubierto como una pupila llena de sol en cien libros de espíritus inquietados por tu hallazgo y en el fondo de este infinito apetecer que hizo de oro mi corazón. ¡No me niegues posada cuando llame á tu puerta! ¡No desoigas la voz del peregrino, que se hará digno de ti bebiendo todas las mieles para hacer el panal en tu regazo!

Luego pregunté á uno de mis conocidos compañeros de vagón:

—¿Qué pueblo es aquél?

—¿Aquél?—me dijo sonriendo—. ¿No le conoce? Pues el suyo...

Me abati. ¿Era posible? ¿Aquél pueblo era el mío? ¿Tan azul...? ¿Y tan blanco...?

De esto hace ya bastante tiempo. Recuerdo que entonces, al apuntar en mi *carpet* la peripecia, escribí: La gran parábola que me ofreció la vida habría

sido lugar de abismamiento si yo no tuviera veinte años, no fuera camino de la gloria y no llevase empenachando al corazón aquello que un hermano de espíritu llamó "divino". La naturaleza desfilaba en mi honor: un día de oro: un monstruo que corre vertiginosamente; ¡veinte años! El severo maestro no tenía alumnos. Hablaba en el vacío.

IV

EPILOGO

Hoy, al repasar mi *carpet* para poner en orden mis memorias, que no han de prolongarse, pues todo se acabó, he utilizado estos renglones para glosarlos como epílogo; pero me han faltado las fuerzas... y la glosa quedó reducida á escribir para última línea del libro de mis horas estas palabras, que son dolor y lágrimas: ¿Pero es posible? Tan azul... y tan blanco...

Rafael Torromé

LA HIJA DEL DIABLO

POR RAFAEL TORROMÉ

Acuden presurosas las furias infernales á aliviar las tristezas de la hija de Luzbel, que con amargas lágrimas da muestras y señales de que su pecho angustia una pena crüel.

Mas no logran las furias con sus atroces gritos aliviar ni un momento su congoja mortal. Ya no la alegra el llanto que vierten los precitos y ya insensible queda ante el placer del mal.

Por descubrir la causa que á su hija entristecía, con ella estando á solas Luzbel la interrogó, y ella, al par que enjugaba el llanto que vertía, á Luzbel de este modo su pena confesó:

—Me dijo un precito un día que en el mundo en que vivía salvó la vida á un mortal, y que le invadió al momento tan apacible contento, que no hay otro goce igual.

Que el eco de acción tan buena le alivia de toda pena que le quieras imponer, porque en su pecho se enciende una luz que le defiende contra el mismo Lucifer.

Que todo rev. ardimiento cesa ó se alivia al momento que recuerda aquella acción, que le consuela y le ampara como si el cielo llevara dentro de su corazón.

Y aquí me ves, padre mío, que estoy triste, porque ansío sentir eso yo también; y no viviré contenta hasta el momento en que sienta la felicidad del bien.

Luzbel, con voz ronca y fiera, respondió de esta manera:






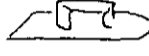
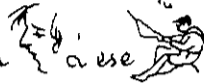




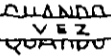

































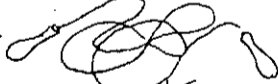












—Aquí el bien se desconoce. Aquí el dolor es eterno, y el infierno es el infierno porque no existe ese goce.

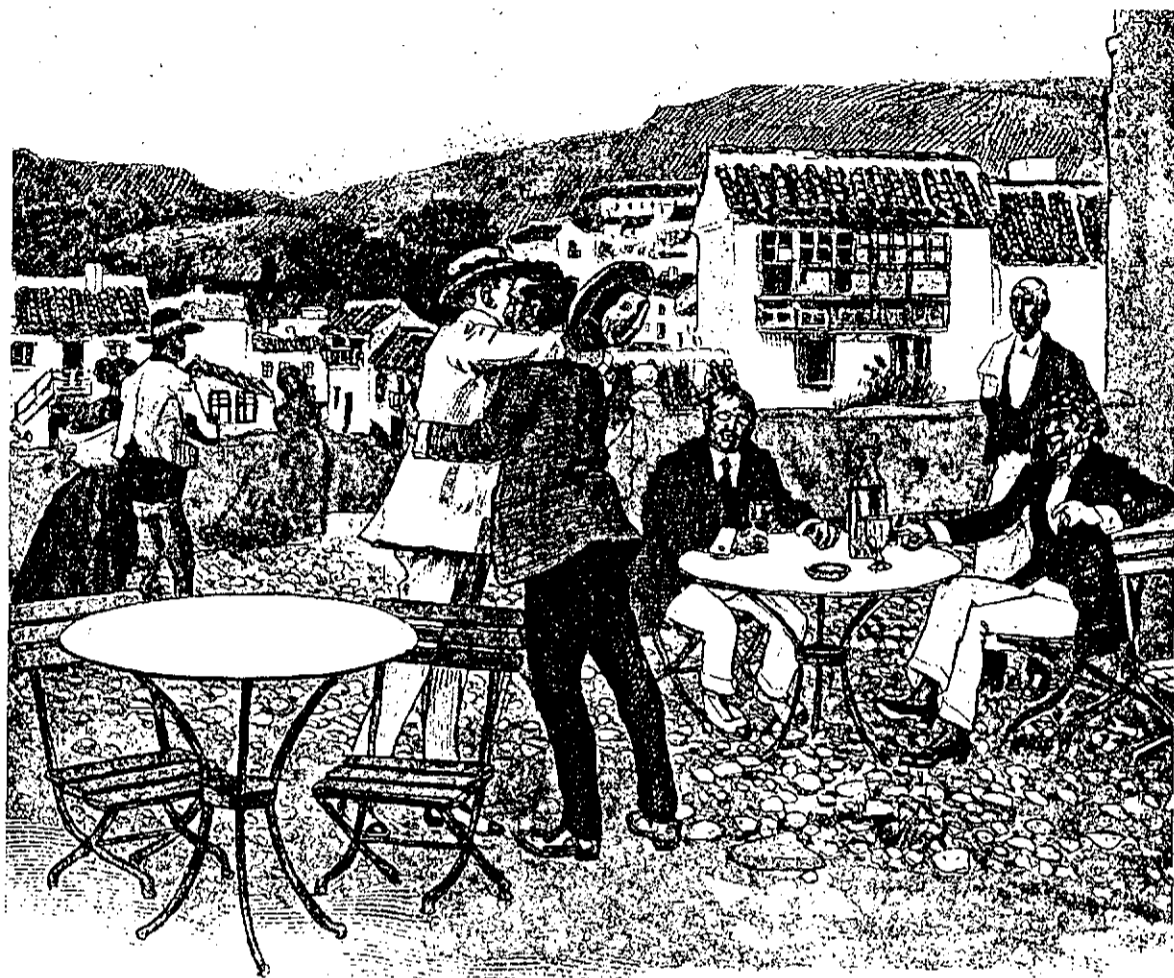
Aquí el gozo es ver sufrir á los otros y sentir

la gran delicia del mal. Y en el mundo hay mucha gente que, aunque está en el mundo, siente de esta manera infernal.

Rafael Torromé

Niñerías por Gascón.

Oiga V. Poli ; avie V. a esos , vistase V y  un rato 
 K-K-   a que les dé el aire. Lave V. bien la  a ese 
 que  ece un . Y tú; Qui  ta, de  tirate l 
 que luego sete caen a los tobillos. Pro  que tu her 
 no se P  con  de + m  chos, que siempre vuelvo a 
 soña   decia  a sus hijos. Una  que vive en un pre
 ci  de la  del   salió la
 doméstica hecha un , porque iba muy acie  da
 y era ella muy vist . La es  ba el novio en la ; un
  de lo + aguerrido y bien . Extrachó la
 enguan  de su  da y después de los  leos de ri
 gor en un  se inst  ron en uno de los  del paseo. Los
 ntes p  cindieron en absoluto de los  y éstos destia
 ron su  e invitaron a ot  niños a jugar con
 ellos. Todo  chaba :: una  pero Enriquito
 en  el  de Pepito con la comba y lo derribó. Se levantó
 furi  y dio a Enriquito un  taro en las . Este fue
 a refugiarse en su chacha y en el  que le dijo: Anda! no seas
 ve y rompelé la ; Quia! Yo no le pego, dijo Enrique. ¿Por qué
 dijo el . Porque si le pego yo, luego le tocará a él el turno. GASCON



UNO DE TANTOS (Ó EL FONDO COMÚN DE NÓMADAS)

POR M. SALMERÓN PELLÓN

INOPINADAMENTE encontré á Perico Tudela sentado á la puerta del café pueblerino, consumiendo ponche de ginebra y charlando de cosas con algunos deslucidos caballeretes.

—¡Caray! ¿Tú aquí?

Y el abrazo fué recio y el palmoteo en las espaldas progresivo y sonoro. Nos veíamos ¡qué sé yo á los cuantos años!

Muchas veces que los sucesos me trajeron su recuerdo, me pregunté lo mismo: ¿Qué será de Perico Tudela? ¿En qué polvo señalará sus pasos? Y nadie supo contestarme.

Desde aquellos buenos días del holgorio y la frescura, vividos á la sombra benditísima de la vieja Universidad provinciana, donde los dos íbamos poquito á poco y á fuerza de empellones, soltando impedimenta de libracos, no nos habíamos proporcionado el regocijo de un encuentro. Y yo lo deseaba vivamente, porque, pese al afán demoleedor de los minutos, para mí era todavía Perico Tudela el buen amigo, el camarada simpático y francote; pues no en balde partimos cuantos dulces y amargos tuvo el mocerío y cuantos saltos y retozos apeteció la juventud.

Así es que al encontrarlo—¡quién iba á creerlo!— en aquella ciudad reducida y lejana, adonde me llevaron ciertos negocillos y diez horas de infernal carricoche, arrastrado por el polvo y alanceado por

un sol de justicia, gocé á pecho abierto y aun bendije el gran martirio de la caminata.

Perico también gozó. Me lo dijeron sus fraternales expansiones y su verbosidad empeñada en el hallazgo de un adjetivo digno del momento.

—¡Caray, chico; qué enorme, qué atroz, qué barbaridad de sorpresa!

A los pocos minutos, entre las miradas pertinaces de los contertulios de mi amigo, él y yo, formando grupo aparte, charlábamos con los corazones en la mano.

—Sé franco. ¿Qué pensaste al encontrarme aquí Mas... no lo digas. ¿Para qué vas á molestarte reñiendo lo que yo sé de memoria?

Yo sonreía y remiraba al amigo perdido y hallado tan inesperadamente. Y en verdad que me inquietó su catadura. El tiempo había operado una transformación impresumible. Sucias y avejentadas las botas de cuero; descolorido el pañete del traje; plebeyo la camisa y plebeyo y acandilado el elegante sombrero de fieltro peludo... Luego, aquella barba de manos y cara; y, sobre todo, la obra de los años, en plena mostración, me sorprendieron descomunalmente.

—No, no me lo digas—continuó Tudela—. Sé que al descubrirme aquí en este lugar reñido con el mundo, habrá despertado en tu memoria la figura de aquel Perico Tudela, atildado, presunido, de

fe
ur
i
C
ñ
di
cu
si
á
lu
i
ut
al
m
pt
bl
vi
di
la

d
p
h
q
c
r
e
m

fe en el porvenir y con más sueños en la cabeza que un conquistador de romance... Y habrás pensado: ¿Cómo cambian las cosas! Este es aquél...

Si, querido; éste es aquél... Aquel que contigo soñara en una nueva gloria. Aquel que muchas veces dijo que era ave de cumbre... Y ya ves; el ave de cumbre vive en el llano; más abajo del llano, en la sima; porque este pueblecito está labrado lo menos á mil metros bajo el nivel del mar... Aquí no hay luz, ni aire, ni agua, ni fuego... Esto es una pocilga. ¡Yo me ahogo!

Todo esto lo dijo Perico Tudela, accionando como un perfecto trágico y destruyendo súbitamente la alegría del encuentro.

—Figúrate que un día, yendo y viniendo por el mundo—que por cierto bien sabe proporcionar sorpresas—leo en un periódico que en Villacampo, pueblo pintoresco con ribetes de gran urbe, hay una vacante de galeno municipal. Esta es la mía, me dije... Esta es la tuya, dijeron los que andaban á mi lado. Yo estaba apeteciendo poner la primera pic-

¿Qué pueblecito, chico, qué pueblecito! ¿Grande? ¿Pintoresco? Ya lo irás viendo. Un centenar de casas nauseabundas, que me recuerdan aquellos arrabales dominio de gitanos; unas docenas de hombres rudos, que en el café beben vino y juegan al julepe... y yo entre ellos, embruteciéndome poco á poco mis fibras y sin dejar que se escape un segundo sin llevarse un suspiro...

—Pero, hombre—le atajé—, ¿por qué no te marchas?

—Si, señor, tienes razón. ¿Por qué no me marchó? Pues te lo voy á decir: porque no puedo.

—¿Si que es raro.

—¿Raro? Fíjate un poco. Cuando llegué á Villacampo me llamé incauto. Había sido víctima de mi inexperiencia. La realidad no hizo otra cosa que burlarse de mí. Y resolví saltar sin demora; pero estos caciques son hábiles... Aquí supieron que yo pensaba irme, y ellos, muy diestramente, pensaron lo contrario. Mi soldada empezó á ser retenida, y yo en espera de una pronta liquidación vi pasar los me-



dra encauzarme, aunque fuera un poquitín. Y después me una lucha capaz de reventar al más valiente, pues no puedes figurarte lo de pasos y cosas que hay que ceder á las prebendas que donan los caciques, logré la canonjía é hice mi entrada en Villacampo... Aquí pondré una frase gráfica que me ahorrará una dolorosa confesión: Desde el octavo año de este siglo, todos los días me he tragado mi píscina de...

...es... Y siempre poniendo la esperanza en el mañana, vi pasar un año... Luego fueron naciendo intereses; se fué enredando la cadena. Es taimado el destino. Y, en una palabra, yo necesito un paracaídas... Yo no estoy en edad ni en condiciones de lanzarme por el mundo á la bohemia. Yo estoy fatigado y quiero dar el salto con todas las garantías de no romperme un hueso. Al fin y al cabo aquí se come. En cuanto reuna un puñado de pesetas alzo el vuelo.

ndi-
na-
ha-
ar-
ces
ndo
l-
ui
do
ictó
or-
bo-
le-
ne
el
a-
que
un-
de
de

He puesto la felicidad en el logro de cinco billetes de los grandes. Cuando los vea juntos, ya verás el saltito; por lo menos caigo en los antipodas de esta cafrería. Lo que es á mí no me canta el responso un cura de aldea.

Alí comentario fué un rotundo asentimiento.

11

Al cabo de unos años volví á pasar por Villacampo; y en el mismo sitio, consumiendo ponche de ginebra y charlando *de casas* con algunos deshucidos caballereses, encontré á Perico Tudela.

—¡Caray! ¿Tú aquí?

Y también, como entonces, fué recio el abrazo y progresivo y sonoro el palmoteo en las espaldas. Formamos grupo aparte. Como ves, lector, la vida se repite con una exactitud abrumadora.

Esta vez fui yo quien comenzó la charla para compadecerme de mi amigo y ahorrarle la dolorosa confesión de ensueños rotos y alas apresadas por las picaras cadenas del adverso destino; pero mi amigo, lejos de emocionarse con mi discurso consolador, empezó á sonreír y acabó diciendo:

—Pues eso es; que somos malos porque las más de las veces somos ciegos... No te extrañe, querido; somos injustos. Este pueblo no es tan malo como lo pintan los descontentos; aquí la vida es vida; sencilla, reposada, candorosa...

—¡Pero...!

—Sí, hombre, sí; sí me acuerdo de todo. Precisamente de esto quería hablarte. Recordarás que un día te dije, después de entonar cien excomuniones, que cifraba mi paraíso en ver reunidos en mi cartera cinco billetes de los grandes. Cada peseta que caía en mi lucha era un estremecimiento de júbilo y de ansiedad. ¡Dinero para redimir al cautivo! San Pedro Alcántara me llamó á mi mismo... Y vi las cinco mil al cabo de un calvario de privaciones y esfuerzos incontables. Hasta decreció la calidad de los cigarros, y tasé la comida, y suprimí las libaciones de ginebra... ¡Al fin arribé al momento del salto!

Como el soldado que quita la herrumbre de las armas para emprender la pelea, comencé á sacudir el moho de mis alas, tanto tiempo caídas. Y fui á volar; pero, oye—me dije en aquel minuto bílico—: ¿Dónde piensas caer? ¿adónde vas? Y entonces, no sé qué brujo vino á sentarse junto á mí, que me hizo escuchar estas palabras: Este es un pueblo chiquito, vulgar, que no tiene nada de Arcadia... pero que hace posible un ahorro de cinco mil pesetas, después de dar día tras día un pan y unos bocados. ¿Será lo mismo el lugar en que caigas?

Y caray, ahora que tienes un fondo de reserva y puedes tranquilizar tu vida, ¿vas á precipitarte como un loco en busca del acaso?

Doblé las alas y dí al traste los sueños. Me parece que obré como un hombre. Y aquí me tienes del brazo del brujo... ¿Quieres otra copita?

Y nos bebimos más de un par á la salud de su lógica aplastante.

DIBUJOS DE HUERTAS

CARTAS A MIS LARES

POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

Me va invadiendo, Juan, un pesimismo lento y torturante, que se mete alma adentro, como un veneno sin triaca.

¿Renovación?

¿Leiste lo de Juan Belmonte?

Mientras España atraviesa crisis tan grave y esta raza corre hacia el abismo, miles de seres aberrados

cercaron á Belmonte, lo estrujaron contra su pecho y, locos de entusiasmo brutal, lo llevaron hasta su casa entre vítores.

¿Cómo el día siniestro de Santiago de Cuba!

No hemos adelantado nada. No aprendimos siquiera á sonrojarnos. Somos algo que cae y se va. El Gobierno, un Gobierno retardatario y suicida, hace bien oponiéndose á toda renovación.

Desapareció el estado de guerra, pero siguen las garantías en suspenso. Es decir, seguimos como antes, y acaso peor que antes. La mordaza ahoga nuestra voz y el látigo cruza nuestros músculos.

Háblase de hacer las elecciones municipales sin garantías. Yo le propongo á Dato algo más rotundo. ¿Por qué no disuelve el Parlamento y nombra otro por decreto?

Espiritualmente, sería igual que lo que intenta hacerse. Y tendría muchas ventajas. Ahorro de dinero, de sangre, de tiempo... Estudie esto el jefe del Gobierno. Es una buena solución.

El submarino alemán que habíamos internado en Cádiz, merced á un decreto del propio Sr. Dato, ¿se fugó!

Siguen subiendo las subsistencias. El problema, de una gravedad enorme, cerca, asedia á la población humilde de España.

Y ante esto, el Gobierno no tiene otro recurso sino crear un nuevo centro burocrático, sobre el cual declinar responsabilidades, poniendo un testaferró al frente del fracaso.

Nombróse para ello al Sr. Alas Pumariño. Pero el Sr. Alas, que sabe elevarse sobre el ridículo, no aceptó. Tampoco aceptó, ¿cómo había de aceptarlo!, el Sr. Luca de Tena. Y al cabo echóse mano del conde de Colomblí, quien va á eso verdaderamente en situación desairada.

De esa riada, tan española, tan decadente y tan caótica, sólo pilló tajada el marqués de Valdeiglesias, á quien se le han dado los Pósitos.

Teatros...

Una mujer sin importancia en la Princesa, con el escándalo de su traducción, discutida al Sr. Plañol por el Sr. Baeza. Reparación de Rosario Pino, Catalina Bárcena, admirable en Eslava. Mucho *cine*.

Madrid á oscuras. El Ayuntamiento, hecho un lodazal.

Y á todo esto, diciéndose por ahí que la normalidad es un hecho y que vivimos en el mejor de los mundos.

COPLAS DE LA ALDEA

POR JOSÉ RODAS

Vino clarete me pides
en cuanto vienes á verme,
y yo digo que te aguantas...
¿Si lo quieres más clarete?

No bebas agua en la fuente,
camino del encinar,
porque allí bebe el ganado...
y siempre parece mal.

Pide magras mi marido
cuando sube á la majada,
y magras cuando va al monte,
y yo le digo que ¡magras!

Es buen hombre el tío Aniceto;
pero ronca con tal fuerza,
que para aventar el grano
se echa en la parva la siesta.